

Antonio Rojano

Katiuskas



**PROGRAMA DE DESARROLLO DE DRAMATURGIAS ACTUALES
DEL
INSTITUTO NACIONAL DE LAS ARTES ESCÉNICAS Y DE LA MÚSICA**



MINISTERIO
DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

inaem

INSTITUTO NACIONAL
DE LAS ARTES ESCÉNICAS
Y DE LA MÚSICA

Katiuskas

ANTONIO ROJANO

Córdoba, 1982

Dramaturgo y guionista. Entre sus obras estrenadas destacan: *Yo también camino como Jayne Mansfield* (Casa Encendida, 2006), *La decadencia en Varsovia* (CAT, 2007), *Incitación al Kennedyicidio* (Sala Tarambana, 2008), *El cementerio de neón* (Teatro Lagrada, 2011) y *Fair play* (Sala Cuarta Pared, 2011).

Ha recibido, entre otros, el Premio Caja España 2009 por *El cementerio de neón*, el Premio Marqués de Bradomín y el Premio Romero Esteo de 2006 por *La decadencia en Varsovia* y el Premio Nacional de Teatro Calderón de la Barca 2005 por *Sueños de arena*. Ha participado en encuentros internacionales de dramaturgia como Interplay Europe, así como en el Royal Court de Londres, siendo becado además para su residencia internacional de verano, o el Obrador d'Estiu.

Durante los últimos dos años ha sido el director narrativo del estudio independiente Tequila Works, tiempo en el que ha escrito el guión de *Deadlight*, un videojuego para Xbox Live Arcade que salió a la venta en verano de 2012.

Antonio Rojano

Katuskas



© Antonio Rojano

© *De la presente edición:*

Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música

Diseño y maquetación:

Vicente A. Serrano

Cubierta:

Fotos: Esperanza Santos

NIPO: 035-12-033-X

Desde su creación, el Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música (INAEM) ha considerado que la escritura dramática actual debía ser uno de sus puntos de atención. Así, se ha mantenido durante estas décadas el apoyo a la Muestra de Teatro Español de Autores Contemporáneos de la Alicante y la concesión del Premio Calderón para autores noveles, que ha puesto en valor a dos nuevas generaciones de autores españoles. Además, este objetivo se ha intensificado con la programación y actividades del Centro Dramático Nacional, muy centrado en su última etapa en las escrituras más recientes, y con el planteamiento de estrategias de ayudas para la promoción de obras de autor español vivo.

La última de estas iniciativas es el Programa de Dramaturgias Actuales, que impulsa el desarrollo de lenguajes escénicos innovadores con absoluta libertad temática, estilística y estructural, y que significa una clara voluntad de apoyo a los nuevos creadores.

A pesar de las dificultades que el sector de la Cultura está viviendo a causa de la actual coyuntura económica, España vive un momento de gran calidad creadora en sus artes. Desde el INAEM se ha planteado esta nueva propuesta que, en este momento, cobra mayor sentido como signo de apoyo al futuro de nuestro Teatro.

En esta primera edición los autores seleccionados han sido: Alberto Conejero López, Jordi Faura Hervás, Jerónimo Sebastián García Cornelles, José Manuel Mora Ortiz, Antonio Rojano Mora y María Velasco González.

Esperamos que esta iniciativa sea un instrumento útil para el crecimiento de la excelente nueva dramaturgia española.

Miguel Ángel Recio Crespo
Director General del INAEM

*A mi abuelo Antonio,
por regalarme su nombre y otras palabras
In Memoriam*

Érase una vez un niño pobre que no tenía madre ni padre. Todo estaba muerto, ya no había nadie en el mundo. Todo estaba muerto pero el niño se puso a buscar, día y noche. Y como en la tierra no quedaba nadie quiso ir al cielo, y la luna lo miraba con mucho cariño. Y cuando al fin llegó a la luna se encontró con que era un trozo de madera podrida. Entonces se fue al sol, y cuando llegó al sol, se dio cuenta de que era un girasol marchito. Y cuando llegó a las estrellas, se encontró con que eran mosquitos dorados que estaban clavados como cuando las hurracas clavan a los mosquitos en las acacias. Y cuando quiso volver a la tierra, la tierra era un jarrón volcado. Y el niño estaba completamente solo. Y entonces se sentó y empezó a llorar, y aún sigue allí sentado, llorando, y completamente solo.

Woyzeck, GEORG BÜCHNER

¿Y si la muerte no fuera otra cosa que ruido?

Ruido de fondo, DON DELILLO

PERSONAJES

EDUARD, bombero, padre de Zurich, 36 años.

DIANA, ama de casa, madre de Zurich, 33 años.

ZURICH, estudiante, 14 años.

MARTÍN, profesor y astrónomo aficionado, 29 años.

LA VECINA, enfermera, 22 años.

EL VIEJO, jubilado, 83 años.

Una pequeña población española.

Acercándonos al fin de 2012.

1.

[*El piso de la familia de ZURICH. 2° B.*]

[*ZURICH se está vistiendo con desgana en su dormitorio. DIANA, su madre, invade el territorio.*]

ZURICH.- ¿Vienes otra vez a pedirme que me la ponga?

DIANA.- Ya, ya, sé que no te gusta, pero es necesario. A mí tampoco me gusta la mía pero también tendré que ponérmela cuando llegue el momento.

[*DIANA le entrega una máscara antigás. Saca un reloj. Cronometra. ZURICH se coloca la máscara. Tiene problemas para hacerlo correctamente.*]

DIANA.- Papá también tiene la suya. Te faltan las botas. Tendrías que ponértelas también. Vamos, estás tardando. Eres lenta. ¿Qué harías si se pusiera a llover?

ZURICH.- No va a llover.

DIANA.- Algún día tendrá que llover.

ZURICH.- Desde entonces que no llueve.

DIANA.- Eso no significa que no deba hacerlo algún día.

ZURICH.- Algún día será *nunca*.

DIANA.- No quiero entrar en esta discusión. (*La joven está terminando.*) Te falta ajustarla por detrás. Ahora. Treinta y dos segundos. Eres muy lenta, ¿lo sabes? (*La joven baja la cabeza.*) ¿Qué pasa, mi vida?

ZURICH.- (*A través de la máscara.*) Mamá, ¿puedo hacerte una pregunta?

DIANA.- Claro.

ZURICH.- ¿Papá está bien?

DIANA.- ¿Qué quieres decir?

ZURICH.- Si está bien.

DIANA.- Hija, no te entiendo.

ZURICH.- ¿Ha venido hasta aquí andando por la carretera?

DIANA.- No, cariño. ¿Cómo iba a hacer eso tu padre? La capital está a más de...

ZURICH.- ¿Quién lo ha traído?

DIANA.- No lo sé. No me lo ha dicho.

ZURICH.- Dicen que lo vieron caminando por ahí.

DIANA.- ¿Quién dice eso?

ZURICH.- En el instituto dicen que papá es un monstruo.

DIANA.- ¿Tu padre? ¿Qué es eso? ¿Como un muerto? Si tu padre... ¿Quién dice eso?

ZURICH.- La gente.

DIANA.- ¿Qué gente?

ZURICH.- La gente. No sé.

DIANA.- ¿Me vas a decir qué gente?

ZURICH.- Una niña de clase.

DIANA.- ¿Cómo se llama?

ZURICH.- Dice que si tengo un hermanito...

DIANA.- Si tienes un hermanito, ¿qué?

ZURICH.- Que va a nacer con tres ojos.

DIANA.- No la escuches. (*Pausa.*) No creo que esa chica esté bien de la cabeza. Ha debido ver muchas películas. Además, que yo tomo la píldora y no... Que no tiene ningún sentido.

[*Silencio largo.*]

ZURICH.- Mamá...

DIANA.- ¿Qué?

ZURICH.- ¿Papá está bien?

DIANA.- Claro. Si no, no creo que le hubieran dejado ir. Los médicos sabrán más que esa niña tuya de clase. (*Pausa.*) Vamos, quítate eso. Salgamos a dar una vuelta, ¿quieres? (*Pausa.*) Las *katiuskas*, póntelas.

ZURICH.- No va a llover.

DIANA.- Bueno... *(Pausa.)* ¿Esa chica es la misma que se ríe de tu nombre?

ZURICH.- Sí.

DIANA.- Esa niña es estúpida. Díselo. Dile también que tienes un nombre precioso y que ya quisiera ella y su madre y su padre haber tenido la imaginación y el atrevimiento para haberla llamado así. *(Pausa.)* Zurich, tú eres una niña preciosa y tienes un nombre precioso. Tu abuelo está en tu nombre. Tu abuelo vivió en tu nombre. Y él es parte de ti de alguna manera. A tu padre le gustó recordarlo cuando naciste. Él no te conoció... Tu abuelo. *(Pausa.)* Yo quería ponerte Silvia, pero estoy tan enamorada de tu padre que siempre ha hecho conmigo lo que ha querido... *(La mira. Parece triste.)* Eh. Eh, levanta esa cabezota. Algún día Zurich irá a Zurich y se cerrará el ciclo y entenderá el por qué de todo esto. Entonces nadarás en uno de esos lagos inmensos y te acordarás de tu abuelo y de esa niña estúpida. Y serás feliz. ¿Me oyes? Serás feliz. *(Pausa.)* ¿Ya estás lista?

ZURICH.- Creo que sí.

DIANA.- Déjame que me ponga el impermeable y nos vamos.

ZURICH.- Por si llueve.

DIANA.- Eso es, chica lista. Por si llueve.

[*Salen.*]

2.

[*Junto a la entrada de un edificio. Minutos más tarde.*]

[*En la calle se encuentran DIANA y ZURICH. DIANA está recostada en un banco de madera. Fuma tabaco de liar. ZURICH está en el suelo junto a un árbol. Tiene un aparato entre sus manos. Parece que es una radio que trata de desmontar. A veces la golpea. Hace ruido, pero no hay nadie a quien pueda molestar. No hace demasiado frío, ni llueve, ni hace viento, pero visten con impermeable y botas altas para el agua. Se protegen de algo que no se ve. El mal es invisible. Durante el estrepitoso clink-clink-clink de la muchacha, entra MARTÍN. También viste con abrigo y lleva una ridícula mascarilla de protección en la boca. Antes de sentarse junto a la mujer, mira al cielo. ZURICH continúa.*]

MARTÍN.- Al fin. Aquí estabas... ¿Qué pasa contigo, eh? (*Se sienta.*) Dame un poco. Una caladita, anda.

DIANA.- No. ¿No te acuerdas? Tienes... Tienes... (*Se señala la boca.*) Tienes ese...

MARTÍN.- ¿Qué...? (*Se aparta la máscara.*) ¿Qué tengo?

DIANA.- Esa mierda que tienes en el labio. No te creas que te voy a dar una calada si... (*Le da el cigarro que resta.*) Mejor quédatelo con tu herpes.

MARTÍN.- No es un herpes. Sólo tengo el labio un poco agrietado. La máscara me está matando la boca.

DIANA.- Ya, será la máscara.

MARTÍN.- (*Acercándole la boca.*) ¿Tengo sangre, eh? ¿Sangra? Dime.

DIANA.- No, no sangra. (*Se incorpora.*) Zurich, hija... Nos vamos a casa ya. (*Pausa.*) ¡Zurich!

[ZURICH sigue golpeando el aparato.]

DIANA.- ¡Zurich!

[Clink.]

DIANA.- ¡Zurich, por Dios santo...!

[Clink-clink.]

MARTÍN.- Paidocentrismo.

[Clink-clink-clink.]

DIANA.- ¿Qué?

MARTÍN.- *Paidocentrismo.* ¿No lo has escuchado nunca, verdad? Pai-do-cen-tris-mo. Que se opone al magistro-centrismo. Aquí el maestro no es importante. (*Pausa.*) Es una doctrina que rechaza la educación sistemática de los niños a través de planes preconcebidos. Las lecciones, en definitiva, se basan únicamente en los actos y a través de los deseos del niño. Si quiere desmontar una radio aquí mismo, tu hija aprenderá que el corazón de la radio está lleno de conexiones y de cables de colores, como nuestro corazón, y que la fricción de la llave inglesa con el metal produce calor. O ruido. Es fácil. Fricción y fuerza de rozamiento, igual a calor. Aprende una ley física y, de paso, por ejemplo, con el ruido, comienza a investigar el ritmo... Así vendrá la

música más tarde y podrás explicarle Mozart un día de estos. (*Pausa.*) Diana, la dejas hacer lo que quiera y creo que eso a tu hija no le viene bien. Le ha dado por romper esas cosas.

DIANA.- Ella es especial.

MARTÍN.- Últimamente no habla demasiado en clase.

DIANA.- Con desconocidos. No habla con desconocidos.

MARTÍN.- Ya. Pues yo creo que puede estar enterrando un problema más importante que tú no le dejas arreg...

DIANA.- (*Mira con odio a MARTÍN.*) Profesor Einstein, óyeme, que-te-den... ¡Zurich!

MARTÍN.- Ay, Diana, siempre tan educada... (*Pausa.*) ¿Vas a sacar la basura esta noche?

DIANA.- (*A su hija.*) Corazón, son y cincuenta pasadas... Tenemos que llegar antes de que oscurezca. Tu padre se va a enfadar si no llegamos antes de que se haga de noche.

[ZURICH golpea más rápido.]

MARTÍN.- Diana, escucha... (*Trabándose.*) No-no-no... No he dormido en una semana. Te estaré esperando, ¿me oyes? Te necesito. Estaré a las diez, en las escaleras. A las diez, ¿vale? Te esperaré.

DIANA.- No tienes que esperar nada más de mí.

MARTÍN.- ¿Por qué? ¿Por qué no? ¿Tendrás que tirar la basura, no? La gente tira la basura por la noche. Y yo por

la noche salgo a fumar un cigarro cuando voy a tirar la basura. A las once.

DIANA.- Mi marido ha vuelto. Ya está en casa. Y está bien... Sano, completamente. ¿No lo entiendes? Vivo. Se acabó... Se acabó todo.

MARTÍN.- No puedes cambiar de...

DIANA.- La gente cambia. Es bueno eso de cambiar de vez en cuando. Tú puedes empezar a fumar en otro sitio. En la azotea.

MARTÍN.- ¡No me gusta fumar en la azotea! (*Pausa.*) Estaré abajo, junto al contenedor. (*Le toma de la mano.*) Di, si supieras lo que...

DIANA.- (*Apartando su mano bruscamente.*) ¡Quítame las manos de encima! No vayas a ningún sitio donde creas que vas a encontrarte conmigo. Tengo un marido. Tengo una hija adolescente. Soy una mujer casada. Soy madre. Y esto se ha terminado. Y no tiene ningún sentido seguir. Está *finito*, ¿entiendes? (*A su hija.*) Zurich, ya estás avisada. Vas a conseguir que me enfade de verdad.

[DIANA sale. ZURICH sigue golpeando el interior de la radio. MARTÍN va hacia la joven y trata de quitarle la herramienta de la mano.]

MARTÍN.- Oye, Zurich... Ey, ey... Hazme caso un momento. (*Le quita la herramienta.*) ¿Me haces caso, eh? Mira Zurich... He arreglado el telescopio. ¿Te acuerdas de la sombra que no nos dejaba ver nada? Pues era sólo

un problema de la lente, que estaba un poco arañada. *(La muchacha trata de salir.)* Eh, Zurich, espera... He tenido que cambiar... la lente. Ahora podemos probarla si quieres. Podríamos... Podríamos, si te apetece, buscar alguna constelación del libro... Si quieres, ¿eh? ¿Qué me dices? ¿Te parece bien? Oye, estoy hablando contigo...

[MARTÍN golpea la radio de la misma manera que estaba haciendo ZURICH. La joven se queda mirándolo. ZURICH asiente. Entonces, sale disparada en la dirección por la que salió su madre. MARTÍN sigue golpeando, clink-clink-clink, y parece que le gusta lo que oye.]

3.

[Una semana antes de la primera escena.]

[El piso de la familia de ZURICH. 2º B.]

[MARTÍN y DIANA están en el salón. La televisión está encendida con un programa sobre astronomía que emite el Discovery Channel. Mientras los planetas cruzan la pantalla, MARTÍN y DIANA se besan apasionadamente en el sofá. Ella va en bata. Él, en traje. En la mesa hay cigarrillos, bebidas y algunas bolsas abiertas de patatas fritas. MARTÍN está nervioso, quiere desvestirse a DIANA lo más rápido que puede. La mujer se resiste, aunque pasivamente hay algo en ella que le hace dejarse llevar. MARTÍN, que mantiene un ojo en la televisión, lanza a DIANA fuera del sofá.]

TELEVISIÓN.- Si lo comparamos con los patrones de las nubes de Saturno, las similitudes son asombrosas. El experimento de Reed sugiere que una fuente de calor en el interior de Saturno podría alimentar las tormentas. Pero, ¿qué hay en el centro que pueda generar tanto calor? El gigante gaseoso está formado por un 75% de hidrógeno y un 25% de helio con trazas de agua, metano y amoníaco. Los científicos creen que como la Tierra, Saturno tiene un núcleo caliente. La energía interna de la Tierra proviene de los materiales radiactivos del núcleo, pero en Saturno...

DIANA.- Oye, oye, Martín... Espera. ¿Qué es eso que tienes en el labio?

MARTÍN.- ¿Dónde? ¿Qué?

DIANA.- Eso.

MARTÍN.- Ahora no.

DIANA.- Creo que te está saliendo un herpes.

MARTÍN.- ¿Un herpes?

DIANA.- Escucha... ¿Podrías bajarle el volumen un poco?

MARTÍN.- ¿Qué?

DIANA.- El volumen.

MARTÍN.- Claro. Dame un minuto...

DIANA.- (*Apartándolo.*) No, ahora, cariño. Coge el mando.
Está debajo de tus pies.

MARTÍN.- ¿El mando? (*Lo busca y se lo da.*)

DIANA.- Bien, ahora ya puedo vivir. Estaba harta de ese planeta. Estúpido planeta.

MARTÍN.- (*Agarrándole un pecho.*) ¿Planeta?

DIANA.- Siempre pones lo mismo. Y ya hace horas que ha dejado de ser divertido. No puedo estar aquí escuchando esas tonterías sobre planetas y estrellas todo el tiempo.

MARTÍN.- Venga ya, Di. No nos hemos visto en dos días.

[MARTÍN trata de besar DIANA otra vez. Ella cambia de cadena. Encuentra un canal musical. Una chica canta. Sube el volumen.]

DIANA.- Oh, aquí está. Mucho mejor. La fábrica del entretenimiento acaba de sacar otra cantante.

MARTÍN.- (*Besándola.*) Te echo de menos, cariño. He estado soñando con este momento desde la última vez que nos vimos. Cada segundo juntos siento que va a ser el último...

DIANA.- Tiene las tetas operadas.

MARTÍN.- ¿Qué?

DIANA.- Digo que tiene las tetas operadas.

MARTÍN.- ¿Qué tetas?

DIANA.- Sí. Y la nariz.

MARTÍN.- ¿Las tetas de quién?

DIANA.- (*Señalando la tele.*) ¡Sus tetas! ¡Sus tetas de ella! ¡Y su nariz también!

[MARTÍN *mira la televisión. Toma el mando. Va a bajar el volumen. DIANA se lo quita de las manos y lo pone lejos de su alcance.*]

MARTÍN.- ¿Por qué lo pones tan alto?

DIANA.- Me gusta así.

MARTÍN.- Pero nosotros... no nos hemos visto en dos días. Dos días completos. Con todas y cada una de sus cuarenta y ocho horas. Dos mil ochocientos ochenta minutos que nos hemos mantenido lejos... He anulado la reunión con el director. He tenido que dejar los exámenes finales sin corregir... En casa. Son todavía las cinco de la tarde, y tu hija en cualquier momento va a aparecer en el marco de la puerta. Le dije que se

quedara un rato más en clase. Le he dejado mi telescopio. No dejado, no, sino como un regalo. Se lo he dado para que pueda aprender por su cuenta. *(Pausa.)* Diana, por favor, seamos maduros. Bésame.

[DIANA *se levanta del sofá. Se coloca la bata. Mira hacia la puerta como si hubiera escuchado algún ruido.*]

MARTÍN.- *(Tomándola de la mano.)* ¡Diana! Quizás podemos hablar con ella. Quizá le apetezca darse una vuelta por el parque antes de que se haga de noche. Como media hora. Con eso bastará... Ella es mi amiga. Lo entenderá. Le he regalado mi telescopio.

DIANA.- ¿Dónde va a ir si son las cinco ya? ¿Y si empieza a llover?

[DIANA *abandona la habitación hacia el recibidor de la casa. MARTÍN toma el mando y cambia de canal. Pone otra vez el Discovery Channel. La puerta principal se abre. DIANA se emociona y llora quedamente, en un susurro. Después más fuerte. Vemos una sombra en la entrada. Un hombre alto. Entra EDUARD. Lleva un casco de bombero lleno de firmas en una mano. En la otra, una bolsa de viaje. MARTÍN queda paralizado.*]

DIANA.- Eduard, mi amor... ¿Cómo estás?

[EDUARD *queda quieto. Ningún músculo de su cuerpo se inmuta.*]

DIANA.- Vamos, cariño, entra. ¡Qué sorpresa! No sabía que hoy... ¡No lo sabía! ¡Cariño, qué alegría! ¿Cómo ha

sido...? El doctor me dijo que aún tenían que hacerte más pruebas y que... ¡Vaya, no me lo esperaba! Mira, Eduard: es Martín, un vecino. Es el profesor del instituto del que te hablé. Se está portando muy bien con Zurich y le ayuda a veces con los deberes. Hasta le ha regalado un telescopio para que pueda mirar en el espacio... esas cosas que está estudiando.

[EDUARD *saluda a MARTÍN apretando con fuerza su mano. Por la cara de MARTÍN es un apretón firme de la vieja escuela. EDUARD no intenta hacerle daño, pero parece estar pasando una especie de trance.*]

DIANA.- ¡Oh, amor...! Verás cuando Zurich se entere de que ya estás aquí. Estás de vuelta, ¿verdad? ¿Por qué no me llamaste? Hubiera ido a recogerte. ¿Quién te ha traído? ¿Alguno de los compañeros? (*Toma el casco.*) Qué bonito detalle fue lo que hicieron con tu casco, ¿verdad? Esto lo pondremos por aquí. (*Lo coloca en un lugar visible del salón. Pausa.*) Mi amor, no te lo he dicho aún, pero qué alegría me da que ya estés aquí. ¿Qué llevas ahí? ¿La ropa que te llevamos al hospital? La tendré que lavar.

[EDUARD *permanece quieto. Sonríe tímidamente. DIANA le acompaña al interior de la casa. MARTÍN, por alguna razón desconocida, los sigue. EDUARD deja la bolsa en el suelo. MARTÍN se fija que en el interior de la bolsa hay una pistola.*]

TELEVISIÓN.- Los científicos creen que este movimiento crea fricción que genera calor. Suficiente calor para

mantener la temperatura en el núcleo de Saturno a unos increíbles quince mil grados centígrados. Casi tres veces el calor de la superficie del Sol. La *Cassini* busca pruebas que apoyen esta teoría...

DIANA.- Oh, mi amor, estás totalmente sudado. (*Tocándole la frente.*) ¿Tienes calor? Ya sabes que el tiempo ha cambiado un poco por aquí. Desde que tuvimos esa nube instalada en el valle hace demasiado calor... *Microclima*, eso es. Así lo han llamado los de la tele. La nube ha creado un clima pequeño sobre nuestras cabezas y ahora tenemos que vivir bajo este calor... Y encima ya casi es invierno. Es todo tan raro. (*Pausa.*) Vamos, siéntate. Te traeré un vaso de agua.

[EDUARD *coge el mando y se sienta. Cambia de canal. Encuentra un partido de fútbol y se queda mirándolo. MARTÍN está aterrizado con la nueva situación.*]

DIANA.- ¿Tienes hambre, cariño? ¿Te han dado de comer antes de dejarte salir? Deberías comer algo. Me quedan unos pocos espaguetis de ayer si...

[EDUARD *niega.*]

DIANA.- ¿Te has duchado hoy? Hueles como si llevaras una semana de viaje. ¿Quieres que te prepare la bañera? He arreglado el grifo del agua caliente, yo solita. Sin ayuda de nadie. Podemos preparar... ¿Quieres que te prepare la bañera? Así dejas de una vez toda esa ropa del hospital y te vistes con tus cosas.

[EDUARD asiente. DIANA comienza a moverse por la casa buscando toallas limpias. Va fuera y vuelve, trae ropa. DIANA guía a EDUARD hasta el baño. Suena el agua correr por las tuberías de la casa. MARTÍN se sienta en el sofá y espera. Vuelve a su cadena favorita.]

TELEVISIÓN.-...las partículas comenzaron a concentrarse agrandándose hasta que después de millones de años formaron los planetas de nuestro Sistema Solar. ¿Podría estar ocurriendo el mismo proceso en el interior de los anillos de Saturno? ¿Es una buena analogía para entender el desarrollo de los planetas? La *Cassini* envía estas sorprendentes y detalladas imágenes...

[DIANA vuelve. Comienza a retirar los vasos de la mesa. Apaga la tele.]

MARTÍN.- Diana. Diana, escucha... (*Trata de encontrar su mano.*) ¡Diana!

DIANA.- ¿Qué?

MARTÍN.- Di, po-po-por favor...

DIANA.- ¿Qué, Martín? ¿Qué?

MARTÍN.- ¿Cómo puedes...? ¿Cómo eres capaz de...? Ahora. ¿Qué va a pasar?

DIANA.- ¿Qué? (*Sonríe.*) Martín, mi marido ha vuelto.

MARTÍN.- Tu marido. Pero... Yo... Diana, ¿qué se supone que voy a hacer yo ahora?

DIANA.- Tú, sí... Volver a casa.

MARTÍN.- ¿A casa?

DIANA.- Sí, a tu casa. Vamos, chico, vete a casa.

[DIANA lleva los vasos sucios a la cocina. Se oye el agua caer. Después sale hacia el baño. Se escuchan sus risas a través de la pared. MARTÍN permanece en el centro de la habitación sin hacer nada. De repente, ZURICH entra. Lleva el telescopio.]

MARTÍN.- Hombre, aquí está... Llegó la reina de la casa.

ZURICH.- ¿Por qué está abierta la puerta?

[ZURICH mira la bolsa de viaje y el casco de bombero.]

MARTÍN.- Bueno, ¿qué tal te ha ido el día? ¿Has visto algo con eso ya? Tal vez por el día es-es-es un poco difícil. Dicen que hay un filtro con el que se pueden ver también las manchas solares. Hace falta un filtro que hay que comprar en Alemania o algo así... Lo puedo mirar en internet si quieres...

ZURICH.- Papá...

[ZURICH deja caer el telescopio y corre al interior de la casa. MARTÍN se acerca y lo recoge del suelo. Mira la lente. Está rota. MARTÍN sale.]

4.

[*Un día después. Noche.*]

[*En el dormitorio, EDUARD y DIANA están tumbados en la cama. DIANA está haciendo atrevidos movimientos bajo la sábana. EDUARD está tranquilo, casi dormido. DIANA le mira con interés.*]

DIANA.- Espera. Dame otra oportunidad. La mano se me duerme si...

EDUARD.- No pasa nada. De verdad, creo que necesito descansar.

DIANA.- ¿Quieres que te deje dormir?

EDUARD.- No he dormido en mucho tiempo.

DIANA.- No lo hemos hecho en casi dos años. (*Sigue bajo la sábana.*)

EDUARD.- No he dormido en casi dos años. Diana...

DIANA.- ¿Qué?

EDUARD.- ¿Escuchaste eso?

DIANA.- ¿El qué?

EDUARD.- La sirena. (*Pausa.*) ¿La escuchas?

DIANA.- ¿El qué?

EDUARD.- La están haciendo sonar. Ocurre algo.

DIANA.- ¿Cómo? No está...

EDUARD.- Los chicos. Necesitan ayuda.

DIANA.- Cariño, te prometo que no estoy escuchando nada.

[EDUARD *se levanta y se viste rápidamente. Busca algo en su bolsa.*]

DIANA.- ¿Qué estás haciendo?

[EDUARD *la deja en la cama con un beso y sale agarrando la pistola.*]

DIANA.- ¿Qué es eso? ¿Es una...? ¿De dónde lo has sacado?
¿Qué ocurre, Eduard?

EDUARD.- Tranquila. No pasa nada.

[EDUARD *sale.*]

5.

[EDUARD entra en el salón, armado con la pistola. La televisión está encendida, pero con el volumen bajado. ZURICH está sentada frente a ella. La televisión muestra fuego. Imágenes de un incendio de un bosque. ZURICH contempla su cuerpo casi desnudo a través del reflejo rojizo de la pantalla. Antes de girarse, ZURICH descubre que su padre está justo detrás de ella. Se miran en silencio un rato. EDUARD se sienta junto a su hija.]

ZURICH.- Papá.

EDUARD.- ¿Qué?

ZURICH.- ¿Cuándo saliste del hospital cómo llegaste a casa?

EDUARD.- Vine andando.

ZURICH.- ¿Por la carretera?

EDUARD.- Sí.

ZURICH.- ¿Estás cansado?

EDUARD.- Sí, pero ya estoy bien.

ZURICH.- ¿Qué fue lo primero que viste al llegar al pueblo?

EDUARD.- No lo recuerdo. Un perro. Creo.

ZURICH.- ¿Qué perro?

EDUARD.- Un perro. Ladraba. Corrió detrás de mí. Luego se largó, asustado.

ZURICH.- ¿Hacia dónde corrió?

EDUARD.- Fue en la carretera vieja.

ZURICH.- ¿Hacia la Central?

EDUARD.- Sí.

ZURICH.- La han cerrado.

EDUARD.- Han hecho bien.

ZURICH.- Cuando no estabas, me gustaba levantarme y sentarme en el salón así, con la tele encendida. Sin sonido. Me gusta el reflejo de la luz en mi cuerpo. Hasta que me da el sueño.

EDUARD.- ¿Y si no te da el sueño?

ZURICH.- Tengo que recurrir al plan B.

EDUARD.- ¿Y cuál es ese?

ZURICH.- Espera.

EDUARD.- Yo no tengo plan B cuando no puedo dormir.

ZURICH.- Espera, que te lo enseño.

[ZURICH se levanta y va a por un vaso. Busca algo por la habitación. Encuentra un bote de algo que más tarde sabemos que es agua oxigenada. Derrama un poco en el vaso.]

EDUARD.- La gente cuenta ovejas. O caballos. Cerdos...
¿Qué estás haciendo?

ZURICH.- Espera.

[EDUARD queda en silencio. ZURICH toma el mando y apaga la televisión. Todo queda a oscuras. Se escucha un mechero prender en la oscuridad. El vaso con agua oxigenada se enciende. Emite una luz azulada. ZURICH se sienta junto a su padre.]

ZURICH.- Y si la tele no sirve y no puedo dormir... A veces hago esto.

EDUARD.- (Pausa.) ¿Y qué significa?

ZURICH.- No lo sé. ¿Tiene que significar algo?

EDUARD.- Todo significa. Te ves guapa.

ZURICH.- ¿Sí?

EDUARD.- ¿Qué piensas cuando lo haces?

ZURICH.- ¿En qué pienso?

EDUARD.- Sí.

ZURICH.- En que así nos veremos cuando estemos muertos.

[ZURICH se levanta y se va a la cama. Entra DIANA, que estaba al fondo, fumando un cigarrillo. Se queda observando a su marido bajo esta extraña iluminación.]

6.

[*En el piso de Martín. 1° B.*]

[MARTÍN *está en el umbral. LA VECINA, una muchacha joven de poco más de veinte años, está en el descansillo de las escaleras. Va abrigada con un impermeable rojo. Lleva unas bolsas con la compra de la semana. Tiene acento extranjero y, salvo alguna incorrección leve, habla bien nuestro idioma.*]

LA VECINA.- Bien, bueno... No tiene que ser mal. Un hombre con una pistola es más atractivo. Y más seguro.

MARTÍN.- Pero tiene una hija. ¿No crees que es peligroso?

LA VECINA.- ¿Peligroso? ¿De peligro, quieres decir?

MARTÍN.- Sí.

LA VECINA.- Si el vecino tiene una pistola, yo siento más segura. Yo y tú. Tú también deberías sentir más seguro.

MARTÍN.- Ya.

LA VECINA.- Uno es más hombre.

MARTÍN.- Ya.

LA VECINA.- Tú tendrías que tener una.

MARTÍN.- ¿Para qué?

LA VECINA.- Por ladrones.

MARTÍN.- Eso no...

LA VECINA.- ¿Me dices a mí que es mentira?

MARTÍN.- Pero hace tiempo que no...

LA VECINA.- Volverán. Vienen a robar. Lo hacen todo el tiempo. Hay muchas casas vacías en el pueblo. Cada día más. La gente se larga. Desde que pasó lo que pasó se largan a otro sitio... Es normal. La gente tiene miedo y no quiere saber nada. Pero ellos saben. Las casas están llenas de cosas para robar. *(Pausa.)* Rondan. Miran. Y volverán. Yo sé cómo son... Muchos de mi país. Pero ellos no saben que ya sólo nos quedamos los valientes. Los que no tenemos otro sitio donde ir.

MARTÍN.- Venga ya, Anca. ¿No tienes dónde ir? Yo tengo donde ir.

LA VECINA.- Tendrás un sitio. Pero no sabes llegar. Estás pegado aquí.

MARTÍN.- ¿Pegado? *(Sonríe.)* Qué gracia. Yo estoy pegado pero tú no eres de...

LA VECINA.- No digas eso. Porque no sea de aquí no quiere decir que tenga algún lugar al que ir. Lo paso bien cuidando al viejo. Tengo un trabajo. Él me ha dado una casa. Soy independiente. Me gusta esto. Y no me creo eso que dice la televisión. La tele miente. Aquí no pasa nada. Si fuera a pasar algo, ¿tú crees que nos habrían dejado volver? No. Nos habrían prohibido. Así que yo no necesito más.

MARTÍN.- ¿Me vas a decir que con lo joven que eres vas a estar toda la vida soltera y...?

LA VECINA.- ¿Un novio?

MARTÍN.- Sí.

LA VECINA.- Tendría un novio si tuviera una pistola.

MARTÍN.- ¿En serio?

LA VECINA.- Alguien que sepa defenderme. Como mi padre. Mi padre tenía una pistola. Aunque eso en Rumanía no tiene que ser raro. Él defendía a su familia. Eso aquí no pasa. Los padres están ocupados en sus cosas y se olvidan de proteger a sus hijos. Es algo que Dios nos enseñó y nosotros no le hacemos caso.

MARTÍN.- Ya, Dios.

LA VECINA.- Dios dice esas cosas.

MARTÍN.- Ya lo sé.

LA VECINA.- Todo el tiempo.

MARTÍN.- Dios, lo conozco.

LA VECINA.- Sí.

MARTÍN.- Bien. Entonces, ¿no vas a hablar con Diana, no? No me vas a ayudar en esto. Es para no...

LA VECINA.- Yo no tengo nada que hablar con ella.

[*Silencio. LA VECINA coge las bolsas que había apoyado en el suelo.*]

MARTÍN.- ¿Cómo está Antonio?

LA VECINA.- ¿Qué?

MARTÍN.- ¿Cómo está el viejo?

LA VECINA.- Bien.

MARTÍN.- ¿Qué dice el médico?

LA VECINA.- El médico no dice nada. Antonio está bien. Lo cuido yo.

MARTÍN.- Bien.

LA VECINA.- Sí, bien. Bien, bueno... Me voy.

MARTÍN.- (*Un pensamiento fugaz.*) ¿Cómo estás tan morena? ¿Has tomado el sol?

LA VECINA.- No se puede tomar el sol, ¿no lo sabes? Es por crema.

MARTÍN.- Ya.

LA VECINA.- (*Mientras desaparece en la escalera.*) Tú deberías probarla o quedarás blanco como rata de laboratorio. Buenas tardes.

7.

[Una semana después.]

[El piso de la familia de ZURICH. 2º B.]

[EDUARD está tirado en el sofá viendo la televisión. El volumen está muy alto. EDUARD bebe cerveza y mira al aparato sin especial atención. Hay un partido de fútbol. No hay movimientos en su cara. Alguien marca un gol. El presentador grita demasiado. Nada cambia. Entra DIANA.]

DIANA.- Cariño, baja la tele un poco. El volumen está...
¿Cómo se supone que la niña va a dormir? ¿Eduard?
¡Eduard!

[DIANA se acerca a la televisión y la apaga. EDUARD tira la botella de cerveza contra el cristal de la máquina. El cristal se hace añicos.]

EDUARD.- Cuando desperté en el hospital lo pensé. Necesitamos una nueva televisión. Una de esas que se hacen ahora... De plasma. Con pantalla plana.

[Desde la habitación de ZURICH se escuchan golpes a través la pared. Como si un hierro golpeará otro metal. Clink-clink-clink. DIANA se lleva las manos a la cabeza.]

EDUARD.- ¿Qué es ese ruido?

DIANA.- (Bloqueando la puerta del dormitorio de su hija.) No, no, de verdad, no es necesario que...

[EDUARD abarca a su esposa con los brazos y la levanta

hasta dejarla en el otro extremo de la casa. Luego entra con tranquilidad en la habitación de su hija. Silencio. Al rato sale con una llave inglesa.]

EDUARD.- Mira, ¿lo ves? No es nada. Está dormida.

DIANA.- Mira, cariño, yo, yo... He comprado algunas cosas para comer hoy en el mercado. Ahora traen la comida de fuera... ¿Te apetece que te prepare uno de esos filetes de cerdo que tanto te gustaban?

[EDUARD se gira sin decir nada y rebusca en la cocina. Coge una bolsa de basura y vuelve al salón. Recoge los trozos de la pantalla de la televisión.]

DIANA.- ¡Eduard, por favor, escúchame! ¡Mírame! Te estoy hablando... Cariño, no podemos seguir así. Estás huyendo. Si te estoy hablando deberías mirarme y hablar también conmigo. *Comunicarte*. Deberías comunicarte, eso es. Soy tu mujer, ¿no? Entiendo que, que... Sea lo que sea lo que hay dentro de ti, deberías sacarlo. Tal vez no he ido últimamente demasiado al hospital. Ya sabes que con la niña... y... Bueno, estaban esos políticos que querían que no se supiera nada de ti y casi... No nos dejaban muchas veces entrar a verte. También nos ha afectado a nosotras que... que...

[EDUARD no reacciona durante la discusión. Una vez que lo ha recogido todo le da la bolsa a su mujer.]

EDUARD.- Diana, hay que tirar la basura.

[DIANA mira a su marido con asombro. Coge la bolsa.]

8.

[*Cae la noche.*]

[*En la planta baja del edificio de apartamentos, junto a las escaleras, hay un pequeño contenedor de basura. MARTÍN se encuentra junto a él. Fuma. DIANA aparece con la llave inglesa y la bolsa de basura. Deja la basura en el contenedor y se queda mirando la llave inglesa.*]

MARTÍN.- ¿Qué vas a hacer con eso?

[*MARTÍN trata de besar a DIANA.*]

DIANA.- (*Tomando la herramienta con fuerza.*) Si te digo que estés lejos de mí, quédate bien lejos de mí... ¿Qué parte no entiendes de eso?

MARTÍN.- Entonces, dime: ¿para qué has venido?

DIANA.- Tenía que sacar la basura.

MARTÍN.- Sonaba a cristal. Eso sonaba a cristal. ¿Otra vez ha roto la ventana?

DIANA.- A ti qué te importa. (*Pausa.*) La televisión. (*Mira a MARTÍN cómo fuma.*) Dame un cigarro, porfa.

MARTÍN.- (*Le pasa su cigarrillo.*) Tú serás la siguiente.

DIANA.- ¿La siguiente de qué?

MARTÍN.- En la escala destructiva. Tras la ventana va la televisión. Y luego tú. O la niña.

DIANA.- Él nunca me ha puesto la mano encima. Nunca. Y nunca ha tocado a Zurich.

MARTÍN.- Bueno, eso..., quieres decir, que *no todavía*. Diana, escucha, no todavía. Tienes que entender que él no está bien. No es su culpa tampoco, pero no está bien. ¿Has visto sus ojos? ¿Cómo te mira? Podría matarte con una mirada. Y encima va con ese macabro recuerdo encima...

DIANA.- Bueno, sí, déjalo... Ya es mayorcito. Fue de su hermano. Déjalo, ¿vale?

MARTÍN.- Disparó a *Hamlet*.

DIANA.- ¿Qué?

MARTÍN.- Venía borracho del parque de bomberos. De estar con los otros chicos... Y *Hamlet* no lo reconoció y se puso a ladrar. La tomó con él. Pues nada, él la tomó también con el perro y se lo llevó lejos... y le disparó.

DIANA.- ¿En serio? ¿Eso lo has visto tú con tus ojos?

MARTÍN.- No, no. Yo no. Algunos chicos lo vieron.

DIANA.- Ah, vale.

MARTÍN.- *Hamlet* llegó al pueblo hace justo tres años. Poco antes del accidente. Muchos otros perros murieron, pero él sobrevivió. Los chicos le tienen cariño por eso. Perdieron a sus mascotas. Así que digamos que es como el fiel amigo de los niños del pueblo. Ya sabes que anda suelto en la plaza y los chicos juegan con él. Pues eso... Lo encontraron a las afueras ahogado en un charco de sangre. Lo llevaron a la veterinaria pero parece que la chica se fue, que han cerrado. Paco-el-del-bar dice que la herida es de bala. Que nada se podía hacer.

DIANA.- ¿Y eso quiere decir que Eduard le ha disparado?

MARTÍN.- Bueno, ¿quién más va por ahí fuera armado con una pistola? ¿Crees que es fácil para mí estar aquí contándote esto? No es mi culpa, ni es culpa suya lo que ha pasado. La muerte de su hermano... Toda esa mierda que ha crecido en su cabeza en este tiempo. Cuando llegó a tu casa vi que llevaba esa pistola. *(Pausa.)* Después de algo así quién sabe lo que puede pasarle por la cabeza...

DIANA.- Cállate.

MARTÍN.- Tranquila, por favor...

DIANA.- ¿Quién te crees que eres? ¿Eh? ¿Quién coño eres? ¿Cuántas veces has visto algo malo en tu vida? ¿Cuántas veces has vivido algo malo? Tus padres te llevaron a la universidad, te cuidaron, te protegieron y te ahogaron en platos de sopa caliente... No has pagado por nada, no has gastado nunca tu propio dinero. Eres un niño mimado y ahora vienes aquí a juzgar a mi marido después... Después además de lo que ha hecho por todos nosotros. Todo lo que se ha jugado por nosotros cuando salimos huyendo con lo del accidente. Él fue el primero que estuvo ahí. Él y su hermano. Nadie sabe cómo es esa deuda. Todo lo que le deben.

MARTÍN.- Cálmate un segundo... Vas a molestar a los vecinos.

DIANA.- ¿Y qué vas a hacer si los molesto, eh? Si tú no tienes idea de hacer nada. Nada de nada. Nada más que ir al instituto a controlar algunos adolescentes, si es

que eres capaz de controlar a unos cuantos jóvenes asustados. Les explicas cuatro estupideces sobre estrellas y ya te crees el dueño de esto. Tú no eres más que un estudiante. Un niño. Y él es un hombre. Un tío de verdad. ¿Lo oyes? Tú no eres nada. Y si es verdad que él ha sido el que ha disparado a ese animal, es una pena que no te hayan encontrado a ti primero en un charco de sangre.

[El ruido de una puerta que se abre y una voz se escuchan a través del hueco de la escalera.]

VOZ.- ¿Quién anda ahí? Voy a llamar a la policía.

MARTÍN.- Antonio. Soy yo, Martín.

VOZ.- Ah, Martín, ¿qué pasa? Pensé que había alguien raro por ahí.

MARTÍN.- No, no, Antonio. No se preocupe. Era yo, que estoy hablando por el móvil.

VOZ.- Bien, bien. Eso está bien... Yo estaba moviendo un poco las piernas. Ya sabes cómo las tengo y cómo se ponen si no me muevo un rato. Se ponen hinchadas. Con eso de la artritis y la sangre... tengo que moverme un poco cada día. Entonces empecé a escuchar un ruido ahí abajo y como el pueblo está como está pensé que habían venido otra vez a robar. Con la que está cayendo, no han dejado un día de venir a por lo nuestro. Aquí les espero yo... *(Pausa.)* Iba a bajar a mirar, pero si eres tú no pasa nada. Aunque sabes que si tuviera jaqueca, yo mismo sería el que bajaría y te

arrancaría la cabeza. Mira que era un niño cuando estuve en la guerra. Pero aún recuerdo ese estruendo cuando bombardeaban. Te aseguro, muchacho, que entre los morteros, minas, bombas y demás... nunca escuché a nadie hacer tanto ruido como tú hablando por ese teléfono.

MARTÍN.- Bien, bien, Antonio... Lo pillo. Todo está bien aquí abajo. La casa está protegida. Buenas noches.

VOZ.- Buenas noches, muchacho. ¿Vas a ir mañana a la tienda después de la escuela? La chica se ha olvidado el pan. ¿Podrías traerme algo?

MARTÍN.- Una barra y un mollete, ¿verdad? ¿O no quieres el mollete?

VOZ.- Que estén recién hechos. No ese pan duro que trajiste la otra vez...

[*Tras el ruido de algunos pasos y con la melodía de los re-funfuños del viejo, una puerta se cierra. MARTÍN se lanza contra DIANA.*]

MARTÍN.- Diana, mira, perdóname. Por favor... Todo esto me está volviendo un poco loco. No he dormido en tres noches. Llevo tres días bebiendo más de la cuenta. Tres. El fin de semana, no-no-no te puedes imaginar... Me regalaron una botella de whisky los compañeros en mi último cumpleaños y me la he bebido entera. (*Pausa.*) Sabes, hoy, encima... entro a clase, y veo tu nombre en la pizarra. *Diana*. Así, sin más. En el centro de la pizarra. Y de repente empecé a temblar, a su-

dar, y no sabía bien qué hacer... Y, claro, algunas niñas empiezan a reírse y yo me enfado con ellas y les digo que no van a tener examen, que van a ir a septiembre como sigan con esa actitud. Ya sabes, esas cosas que decimos los profesores para amenazar. Pero la cosa es que... resulta que pienso que tal vez acababan de tener una clase de historia, que están dando los dioses romanos y todo eso y que Diana tenía que aparecer. Una casualidad. ¿Sabes que Diana es la diosa de la caza y la protectora de...?

DIANA.- La naturaleza. Sí.

MARTÍN.- Bueno, pero luego me doy cuenta de que estos chicos son de ciencias y que no tienen nada que ver con *la historia* y que en esta clase es extraño que... que... ¿Pude haber sido yo? ¿Puedes creerlo? Me pregunto: ¿has sido tú, Martín?

DIANA.- No te entiendo. ¿Tú qué? ¿De qué hablas?

MARTÍN.- Que puede que yo haya dejado eso escrito en la pizarra. El día antes. O que, quizá, en mi cabeza todo esté en orden y piense que estoy escribiendo algo importante que tiene que ver con la clase y, en-en-en realidad, estoy escribiendo tu nombre en la pizarra como si tal cosa. (*Pausa.*) Te he echado tanto de menos. Tanto. (*Besa sus manos.*) Creo que desde te conocí te he... amado. De alguna manera, amar. Se puede llamar así, ¿no?, cuando eso ocurre dentro de uno y-y-y... Es una especie de amor por ti. Ese día, ¿recuerdas? Cuando tuviste que venir a la escuela a por tu hija porque ella... Porque ella por primera vez tuvo... Bueno, ya sa-

bes, ¿no? Y cómo tu hija se puso a llorar al verte allí y tú entraste en su clase sin ningún miedo... y te la llevaste. La cara que pusiste nunca se me va a olvidar. ¿Recuerdas la cara que pusiste?

[DIANA *niega.*]

MARTÍN.- Tenías la cara iluminada. Tus ojos verdes eran como Venus bañado por el brillo de las galaxias y del Sol. Fue definitivo mirarte a los ojos en ese instante. Toda tu belleza estalló en ese segundo.

[DIANA *llora.*]

MARTÍN.- ¿Qué? ¿Dije algo?

DIANA.- Creo que se está viendo con otra.

MARTÍN.- ¿Qué? ¿Quién?

DIANA.- Eduard. (*Llora más profundo.*) Y he esperado por él y he seguido esperando por él y... y...

MARTÍN.- Pero tú... nunca... ¿Nunca me has querido a mí ni un poco?

DIANA.- (*Apoya su cabeza en el hombro de él.*) Es que duele tanto. No te puedes imaginar.

MARTÍN.- ¿Dónde? ¿Dónde duele? ¿Te ha pegado? Dime la verdad. ¿Qué te ha hecho?

DIANA.- ¡Nada! ¡Él no me hace nada! No hace nada desde que ha llegado... Sólo se viste por la mañana y se pone a ver partidos de fútbol en la televisión.

MARTÍN.- Él no te toca... ¿Nada? ¿De verdad? ¿Entonces no habéis... no-no ha sucedido nada entre vosotros dos?

[MARTÍN *sonríe. Abraza y besa a DIANA.*]

MARTÍN.- Diana, tranquila, ¿vale? Yo se lo explicaré.

DIANA.- ¿Qué quieres decir?

MARTÍN.- Sobre nosotros.

DIANA.- ¿El qué sobre nosotros?

MARTÍN.- Sobre nosotros. Sobre ti y sobre mí. Le diré todo. ¿Crees que no me atrevo? Me atreveré... Lo haré. Tú piensas que no porque yo... porque yo no he estado en la Central el día del accidente... Porque yo no soy un héroe para la gente del pueblo... ¿Crees que soy débil? ¿Que no puedo a luchar por el amor de una mujer? ¿Que no estaré a la altura? Escucha esto: lucharé. Lu-cha-ré.

DIANA.- Pero... te matará.

MARTÍN.- Bien. Que me mate. Pero, ¿y si no lo hace? ¿Y si conseguimos salir de este pueblo de mierda? Se lo diré a mis padres. Ellos lo entenderán. Están deseando que salga de aquí. Podremos ir a vivir un tiempo a Madrid, con ellos, y luego buscar algo para nosotros solos. (*Pausa.*) Ése será el segundo paso.

DIANA.- El segundo paso de qué.

MARTÍN.- Pero antes tendrás que hacer algo.

DIANA.- ¿A qué te refieres?

MARTÍN.- Tendrás que dejarle.

DIANA.- ¿Dejar a quién?

[MARTÍN besa a DIANA con entusiasmo creciente. La pasión ocupa la escena. MARTÍN manosea a DIANA. Sus manos pasan por sus piernas, su culo, su pecho... Con fuerza, contra la pared. De repente, se escuchan pasos en el hueco de la escalera, una puerta se cierra y alguien baja. MARTÍN se recompone. Se enciende un cigarrillo. DIANA se ajusta la ropa. LA VECINA, la muchacha joven, entra con una bolsa descomunal de basura.]

MARTÍN.- Buenas tardes.

LA VECINA.- Hola Martín. Hola Diana.

DIANA.- Hola Anca. Que... que bajé a tirar la basura.

MARTÍN.- Y yo... yo estoy echando un cigarrito.

LA VECINA.- (*Los mira fijamente.*) Bien, bueno... Entonces todo es normal, ¿no? (*Sonrisa.*) Tú estás fumando, ella tira la basura. Pero puedo escucharos en el tercero hablando desde un rato.

MARTÍN.- Ya. ¿Necesitas ayuda? ¿Quieres que te lleve la bolsa?

LA VECINA.- No, no... Yo llevo mi bolsa. Tú también, Diana. También Diana lleva su bolsa. Cada cual va con su bolsa y nada pasa. No importa si pesa más o pesa poco. Incluso si tienes dinero, tú siempre puedes poner ruedas a tu bolsa.

MARTÍN.- ¿Ruedas? (*Sonríe nervioso.*) ¿Qué quieres decir con eso, Anca?

LA VECINA.- Ruedas y Bolsas. Bolsas y Ruedas. Eso recuerda que *La Ruleta* empieza en cinco minutos... ¿Dónde estoy?

MARTÍN.- ¿Qué?

LA VECINA.- ¿En qué piso estoy? ¿Es el primero o es el bajo?

MARTÍN.- Estamos en el bajo.

LA VECINA.- Bien, bueno... Tengo que atender al viejo esta noche. Sabes, tiene una cosa en el corazón que le ayuda a la circulación. O algo como eso. Yo no se lo he visto, porque va por dentro, pero él me dijo primer día. Yo no soy enfermera. Nunca lo fui en Rumanía. Sólo tuve dos trabajos allí y eran parecidos, pero no enfermera. Pero el viejo no sabe esto. No le digáis, ¿eh?

MARTÍN.- No. No. ¿En qué trabajabas allí?

LA VECINA.- ¿De verdad quieres saber? Yo primero trabajé con un dentista. Yo ayudaba a limpiar sangre que sale de los dientes. Todo eso feo. Sabes, esa cosa que sale cuando la máquina la ponen en la boca y...

MARTÍN.- Sí, ya... ¿Y el segundo?

LA VECINA.- ¿Qué segundo?

MARTÍN.- Tu segundo trabajo.

LA VECINA.- Ah. Era de la salud pero no con gente.

MARTÍN.- ¿Sin gente?

LA VECINA.- Trabajé con un —¿cómo dicen aquí?—... Sí. Eso. Un veterinario. Me daba mucha pena los animales. Sobre todo los pajaritos. Un día había uno, verde, así, que hacía ruido...

DIANA.- ¿Y de qué murió?

MARTÍN.- No ha dicho que muriera.

LA VECINA.- No murió de nada. Él no estaba enfermo. Pero le habían puesto una chica con él. Para que vivieran juntos. Otro pajarito. Pero la chica no hacía más que darle con el pico hasta que no pudo más.

MARTÍN.- ¿La hembra lo mató?

LA VECINA.- Bien, bueno... Sí y no. Alguien trató de proteger al pajarito. Lo llevan a otra jaula. Pero luego pasa el tiempo y el pajarito verde empezó a piar y piar —¿no hacen eso?—... Piaba por la chica. La llamaba. Pero la chica no la pusieron más con él y el pajarito murió por pena.

MARTÍN.- ¿Ves? Él esperó y espero... y entonces murió. Creo que hay una enseñanza en lo que has contado.

LA VECINA.- Bueno, me voy.

DIANA.- Yo también.

MARTÍN.- Adiós, chicas.

[LA VECINA y DIANA *suben juntas las escaleras.*]

DIANA.- Oye, ¿sabes algo del perro que había suelto en la plaza?

LA VECINA.- ¿Cómo es?

DIANA.- Uno así, pequeñito. Un chucho.

LA VECINA.- No tengo idea. Hace días que el viejo no me deja ir a ningún sitio.

[MARTÍN *queda solo, fumando. Lanza el cigarrillo al suelo. Y, de un fuerte pisotón, lo apaga.*]

9.

[*En el patio del instituto.*]

[*Entre griterío de niños: risas, cantos y carreras. La sirena de la clase suena. El ruido se diluye. En el patio sólo queda ZURICH. Está de pie, abrigada como al principio. Lleva una mascarilla, chubasquero, botas de goma altas. Está golpeando un estuche metálico con una herramienta. Clink-clink-clink. Parece que es un martillo. La muchacha tiene un arañazo en la cara. Está roja. Aparece MARTÍN. Va con mascarilla y abrigo también.*]

MARTÍN.- Hola, Zurich... ¿Qué tal? ¿Qué haces que no estás en clase? (*Nadie responde. Se baja la mascarilla.*) ¿Qué te ha pasado en la cara? (*Nadie responde.*) Ya. Oye, tengo que llevarte a casa... La madre de María ha venido esta mañana a quejarse al director. Dicen que se ha roto el dedo. Dicen que lo hiciste tú. La conozco... Conozco a María y sé que es una chica un poco descarada a veces y que suele tomarla con vosotras cuando vais todas las chicas juntas al baño. Ella se ve con algunos chicos mayores. Sé que os amenaza y, a veces, os insulta. Ya la vi un día robar a una compañera. Se lo dije. La avisé, ¿sabes? Tuvimos una charla ella y yo. Una charla como la que quiero tener contigo. (*Pausa.*) Su madre está en la asociación de padres y está llamando a alguna gente para ver si te pueden expulsar de clase. (*Nadie responde.*) Zurich, escúchame. Somos amigos, ¿lo sabes, no? ¿Te acuerdas cuándo quedábamos los sábados por la noche para mirar por el telescopio juntos? ¿Qué me dices del día que vimos la Lu-

na y encontramos el Mar de la Tranquilidad? Casi imaginamos dónde aterrizaron los astronautas del *Apolo XI*. Hasta pensamos que podríamos ver toda la basura que se habían dejado ahí encima... y como no vimos nada, hiciste esa broma de que era mentira, que allí no había estado nunca nadie... Me llamaste mentiroso. Pues eso, yo no soy un mentiroso. Aunque no se vea, como con aquello, yo sé que está ahí. Yo sé que dentro de ti ocurre algo. Eres una chica con mucho potencial. Dime qué ha pasado y hablaré por ti con ellos si tratan de expulsarte más días. Hoy te tienes que venir conmigo a casa hasta que tu madre pase a recogerte. *(Pausa.)* Pero dime algo. Cuéntamelo. ¿Qué ha pasado? *(Nadie responde.)* ¿Qué te hizo María? *(Nadie responde.)* Ya. No quieres hablar. Pero hablar ayuda. Incluso conmigo. Puedes arreglar las cosas y encontrar la paz con unas cuantas palabras. ¿Lo entiendes? No importa lo que hayas hecho si...

ZURICH.- María dijo que tú te estabas acostando con mi madre.

[MARTÍN *da un paso atrás. Aunque quiere estar cerca de la chica, sus movimientos se instalan en la inercia de alejarse poco a poco. ZURICH sale corriendo.*]

10.

[*En el piso de EL VIEJO. 3ªA.*]

[*Una habitación pequeña llena de objetos que nos llevan a otra época. La televisión está encendida, sin sonido. Una bolsa con pan está sobre la mesa. MARTÍN, LA VECINA y EL VIEJO están sobre la televisión, abrazados. ZURICH está sentada aparte.*]

MARTÍN.- El *Big Bang* es ese momento en el que de la nada, con un gran estallido, emerge la materia. (*Mira a ZURICH.*) Ejemplo. Tenemos toda esta materia aquí acumulada. Antonio y Anca, son materia, con una densidad infinita. Yo soy materia. Somos toda la materia del universo y estamos en el mismo punto del universo... Hay mucha confusión porque la gente piensa que el *Big Bang* es el origen de todo, pero en realidad no es el origen... porque ya había algo antes. La materia. Hidrógeno, helio...

LA VECINA.- No entiendo.

MARTÍN.- ¿Qué?

LA VECINA.- Que no entiendo.

MARTÍN.- Tú no lo tienes que entender. Lo tiene que entender ella para el examen de la semana que viene.

EL VIEJO.- ¿Yo quién soy?

MARTÍN.- Espera. Tú eres *helio*, por ejemplo. (*Mira a ZURICH.*) ¿Lo visualizas?

ZURICH.- Quiero irme a casa.

MARTÍN.- Tu madre tiene que venir a recogerte.

EL VIEJO.- No quiero ser helio.

MARTÍN.- Bueno, da igual. Eres hidrógeno.

LA VECINA.- ¿Y qué pasa ahora?

MARTÍN.- No os mováis aún... Pues por las altas temperaturas y la gran densidad de la materia se produce una explosión. *(Hace un gesto, moviéndolos a todos hacia atrás.)* ¡Chás! Entonces la materia comienza a alejarse, una de otra... A separarse en el espacio. Y el espacio crece... Como un globo que se está inflando.

LA VECINA.- Un globo. Eso.

MARTÍN.- Un globo gigante.

LA VECINA.- ¿Dónde me pongo yo? ¿Yo soy el helio ése?

MARTÍN.- Aquí. Estás expandiéndote. Te estás enfriando. Estás formando todas las partículas de la creación. ¿Lo visualizas así, Zurich?

[MARTÍN coloca a LA VECINA y a EL VIEJO alrededor de la televisión.]

MARTÍN.- Entonces, toda esta materia. Se comienza a reaccumular en diferentes zonas del universo. Las partículas chocan unas con otras. Se forman nubes de gas y polvo que son el origen de las estrellas. *(Señala la televisión.)* Aquí la tenemos. Una nube de gas que hace cuatro mil seiscientos años forma nuestro Sol. Las partículas siguen girando. Sin orden ni concierto... Se unen, pero ahora también se dejan atraer por estos

cuerpos enormes. Cuerpos pesados. Las partículas sienten la gravedad de las estrellas. Y es así como se forman los planetas.

LA VECINA.- ¿Ya no soy helio?

MARTÍN.- No. Ahora eres un planeta. Que, por otra parte y en esencia, puede contener algo de helio... Pero también muchos otros elementos químicos. Y tienes tu órbita. (A ZURICH.) Mira, ahí está el Sol. Y él es Mercurio.

EL VIEJO.- Hola.

MARTÍN.- Y ella es Venus.

LA VECINA.- ¿Por qué Venus?

MARTÍN.- Porque eres Venus.

LA VECINA.- ¿Y Venus qué hace?

MARTÍN.- Venus no hace nada. Orbita. Por detrás de Mercurio.

LA VECINA.- No sé qué es eso...

MARTÍN.- ¿Orbitar? Que da vueltas.

LA VECINA.- (Sobre sí misma.) ¿Así?

MARTÍN.- No. Bueno, sí. Pero también alrededor del Sol.

LA VECINA.- ¿De la televisión?

MARTÍN.- Sí. Mira a Antonio. Antonio lo ha entendido.

[Todos giran alrededor de la televisión. DIANA entra al piso porque la puerta quedó abierta. Está nerviosa.]

DIANA.- ¿Dónde está? ¿Dónde está...?

MARTÍN.- Está bien. No pasa nada.

DIANA.- (*A ZURICH.*) ¿Qué te ha pasado, hija? ¿Qué has hecho?

MARTÍN.- No ha pasado nada. Todo está bien.

DIANA.- ¿Qué estáis haciendo aquí?

LA VECINA.- Somos planetas.

MARTÍN.- Es el disco protoplanetario. Le estaba explicando a Zurich la lección de hoy... Podrías ayudarnos.

DIANA.- ¿Qué? Yo no... Vine a toda prisa y... (*Respira.*) No, yo no sé de esto...

MARTÍN.- (*Susurrando.*) Tenemos que hablar.

DIANA.- No, no, ahora no. Yo no sé de esto, Martín.

MARTÍN.- Ayuda a tu hija. Es sólo un momento. Tú eres la Tierra.

LA VECINA.- Eh, ¿por qué ella? Ha llegado última. Yo prefiero ser Tierra.

MARTÍN.- Ya no puedes ser... Venus. Eres Venus.

LA VECINA.- Venus no me gusta.

EL VIEJO.- Yo mientras estoy aquí, bregando alrededor del Sol, ¿no? Estoy asándome.

MARTÍN.- Eso es, Antonio. Mercurio tiene altas temperaturas. Entre trescientos cincuenta y cuatrocientos grados de máxima. (*A DIANA.*) ¡Muévete, Diana! Así, como

ellos... (*Contento.*) Pero la situación ideal del conjunto de nuestro Sistema Solar la tiene la Tierra. Los gases que se evaporan de esta roca llena de fuego crean la atmósfera. Los gases nos protegen del Sol. Las temperaturas bajan. El agua se genera y enfría la roca. Por todos estos condicionantes, la Tierra se transforma en el único lugar de nuestro sistema en el que es posible que ocurra esa experiencia fundamental y catártica que llamamos... ¡vida! (*Susurrando a DIANA cuando orbita cerca de él.*) Tenemos que hablar. No puedo más, Diana.

DIANA.- (*Rompe su órbita.*) Ya está bien. La Tierra se marcha.

MARTÍN.- No puedes irte ahora. (*La toma del brazo.*) Espera.

EL VIEJO.- ¿Y tú quién eres, Martín?

LA VECINA.- Eso, ¿quién eres?

MARTÍN.- ¿Yo?

LA VECINA.- Es la Luna, ¿verdad?

EL VIEJO.- Pero la Luna no agarra así a la Tierra. Yo creo que es ese meteorito gigante que va a extinguir a los dinosaurios.

MARTÍN.- Diana, espera... (*Se da cuenta de que le miran. Suelta el brazo de la mujer.*)

[DIANA va hacia su hija y le indica la salida. El resto deja de orbitar. Las dos mujeres salen.]

EL VIEJO.- No puedo respirar. (*Tose.*) Perdón. Me habéis dejado sin respiración. Me voy a sentar.

LA VECINA.- (*A MARTÍN.*) Y Dios... ¿Cuándo entra Dios en todo?

MARTÍN.- Dios viene más tarde. Con el hombre. Con el pensamiento.

LA VECINA.- Dios creó el universo. Va antes. Está escrito.

MARTÍN.- (*Se sienta. Abatido.*) Ya. Puede ser.

LA VECINA.- Y ese Darwin... Ése no tiene idea. ¿Has visto la cara que tiene? ¡Ja! Tiene cara de mono, barba de mono, nariz de mono... Por eso dice que los otros venimos del mono. Yo le digo, *¡tú eres quien viene del mono, Darwin!*

MARTÍN.- No voy a discutir con una creacionista.

LA VECINA.- ¿Qué?

MARTÍN.- Que no voy a discutir con una creacionista radical como tú.

LA VECINA.- *¿Creacioqué?*

MARTÍN.- Búscalos en un libro.

EL VIEJO.- (*Busca el mando de la televisión.*) Llega el fin del Sol... y cada planeta se va a marchar a su casita.

[*MARTÍN se levanta de un salto. Su mirada se queda muerta en la pantalla. Están dando el parte meteorológico.*]

MARTÍN.- Espera, Antonio. Sube el volumen.

EL VIEJO.- ¿No tienes casa?

MARTÍN.- Por favor... El volumen.

EL VIEJO.- Ya voy. Ya voy.

[Pausa.]

MARTÍN.- Viene la lluvia.

LA VECINA.- ¿Qué?

MARTÍN.- Viene la lluvia.

[El mapa de la región muestra nubes y paraguas que indican precipitaciones los próximos días. Un locutor informa.]

TELEVISIÓN.-...tras las últimas alertas fallidas, la central estatal de meteorología pronostica para las próximas horas bajas presiones en la comunidad. Las más que posibles precipitaciones de mañana han hecho saltar todas las alarmas en la región. Aunque las autoridades siguen desmintiendo el riesgo de contaminación o la amenaza para la salud de nuestros habitantes, el recuerdo de la nube tóxica que asoló nuestra comunidad hace menos de dos años perdura en los ciudadanos. Las asociaciones ecológicas alertan de...

11.

[*El piso de la familia de Zurich. 2º B.*]

[*DIANA se encuentra en la cocina. Está llorando. Se escucha el rumor del agua cayendo a través del grifo. EDUARD entra con unos alicates. Se introduce bajo el fregadero y hace como que arregla algo.*]

DIANA.- Zurich ha sido expulsada de la escuela. Por pelearse con otra chica. (*Solloza.*) Se está transformando en una salvaje. ¿Me oyes? Se está transformado en un lobo del bosque. Un lobo silencioso y de mirada triste. Tan triste como tú. Lo que sea que le hayas preguntado, ella destroza esas cosas como respuesta. Ella golpea y rompe cosas. ¿Qué voy a hacer con vosotros dos? ¿Qué se supone que debo hacer? No puedo hablar con nadie de todo esto. Estoy como en una cárcel y da igual si grito o me peleo con los guardias porque nadie va a venir a ayudarme.

[*EDUARD sale.*]

DIANA.- ¿Dónde vas? ¿No puedes ni decirme una palabra? Sólo una palabra. Pequeñita.

EDUARD.- Baño.

DIANA.- ¿Baño? ¿Eso es todo?

EDUARD.- Sí, baño.

DIANA.- ¿Qué significa eso?

EDUARD.- Tú me preguntas que dónde voy. Voy al baño.

[DIANA se levanta bruscamente. Su falda se queda enganchada a un clavo de la mesa. La tela se desgarrá hasta desaparecer y ella queda en ropa interior. Parece un acto propio de la casualidad, aunque puede que no lo sea. EDUARD mira a su mujer de arriba abajo.]

DIANA.- (Sonríe.) ¿Te gusta lo que ves? ¿En qué estás pensando?

EDUARD.- Hay que comprar un manguito nuevo para el grifo del fregadero.

[DIANA se lanza sobre su marido. Le besa con pasión. Su cuello, sus hombros... Se abrazan.]

DIANA.- Dime. Dime, por favor. ¿Cómo fue aquello? ¿Qué pasó aquél día?

EDUARD.- ¿Dónde?

DIANA.- En la central química.

EDUARD.- Estuvo bien.

DIANA.- ¿Bien? ¿Mejor que yo? (No responde.) ¿Por qué no me quieres? ¿Qué te pasa? Responde. ¿Hay alguien más? ¿Te ves con alguien? Dime. (Él niega.) Y... allí... en el hospital... ¿Hubo alguien más? (Asiente. Ella se aleja de él.)

EDUARD.- Yo. Estaba yo conmigo mismo.

DIANA.- Te he echado de menos. Te esperé. Te esperé al principio. Los primeros meses. Y me dijeron que iba a ser muy difícil que te pusieras bien. Que habías respi-

rado ese jodido gas y que ibas a morir como los otros murieron. Pensé que cuando te recuperaras podríamos empezar otra vez. Una vida lejos. En cualquier otro sitio. En un sitio que estuviera limpio. Pero no me dieron esperanzas. Casi no me dejaban verte. Y no pude moverme de aquí. No supe ir hacia ningún lugar. La gente se marchaba del pueblo y yo era incapaz. (*Pausa.*) ¿Qué podemos hacer? ¿Ya no me quieres?

EDUARD.- Te quiero. Creo que te quiero.

DIANA.- Y yo a ti. Te quiero. De verdad y sin excepción. (*Pausa.*) ¿Hay alguna clase de efecto secundario? ¿Algo que te haya dicho el médico que deba saber? No hemos hecho el amor desde que volviste. Y yo recuerdo que te gustaba mucho. Hacerlo muchas veces en el mismo día. ¿Hay algo raro con las pastillas que te dieron en el hospital? Sabes, hay unas hierbas en el herbolario. Son chinas y vienen de una raíz-*de-algo-de-dragón*... Bueno, eso me dijeron, que podrían ayudar para este tipo de cosas. Pero si igual es otro problema, sólo tienes que contarme qué te pasa y... Me siento como una tonta... Yo sé que a ti no te pasa nada. Vi tu erección esta mañana. Vi que estaba ahí, no te creas que no. ¿Qué quieres? ¿Que te suplique? Lo haré las veces que haga falta. (*Comienza a desabrocharle el pantalón.*) Te suplicaré cada día si es necesario...

[*Suena el timbre de la puerta. Otra vez: alguien insiste. EDUARD se abrocha los pantalones. DIANA coge su falda rota y sale hacia las habitaciones interiores. EDUARD abre la puerta. Es MARTÍN quien aparece en la entrada. Está asustado.*]

MARTÍN.- Ho-ho-hola.

EDUARD.- Hola.

MARTÍN.- Eh... ¿Está Diana?

EDUARD.- Sí.

MARTÍN.- Sí, ya. Bueno... No-no la veo. Bueno, no estoy aquí para verla a ella. Estoy aquí para hablar contigo. Tenemos que hablar. Tenemos que tener una charla. Una charla seria. Tú y yo.

EDUARD.- Está bien. Pasa.

MARTÍN.- No, no. A-a-aquí mejor.

EDUARD.- Bien, dime.

MARTÍN.- Yo... Bueno, nosotros nos conocemos muy poco... Recientemente fue, ¿verdad? Yo soy Martín. Tu vecino del primer piso. Enseño ciencias en la escuela donde va tu hija. No es importante. Quiero decir, de esto no es de lo que te quiero hablar. Lo que te quiero decir es... Y espero, que lo tomes como alguien maduro. Es que no puedo soportarlo más. Es algo que te tengo que decir, si es posible... Y sé que es posible. Aunque sé que las consecuencias seguramente sean malas para mí, porque... porque, físicamente, yo no estoy tan entrenado como tú. Me apunté al gimnasio hace dos años pero luego, ya sabes, con todo lo de la Central, cerraron y se fueron... Eran buena gente pepe-pero... Ya. No sigo por ahí. Hago abdominales en mi casa pero no es nada serio. Mira, está duro, pero no... *(Pausa.)* Bien. Recuerdas que llegaste hace una

semana y media del hospital ese donde te llevaron y toda esa gente te tuvo allí haciendo pruebas... y-y bueno... a tu mujer no la dejaban verte y le dijeron casi que íbas a morir y... todo eso que ya sabes. Bueno. Ya... ¿Tú crees que este mundo está basado en la fuerza? (Pausa.) Ya. Yo he elegido distintos caminos en mi vida, eso es todo. Algunos mejores. Otros peores. Tengo mi trabajo y estoy ahora escribiendo un estudio sobre el *Ciclo Solar 24 y las condiciones climáticas consecuentes...* pero esto te sonará a chino a ti, ¿verdad? Tú eres un bombero y yo estoy escribiendo un estudio. Tú-tú-tú apagas fuegos y yo hablo sobre ellos... Es simpática la relación, ¿no? (Pausa.) Pues he venido hasta aquí para decirte que tenemos que hablar. De-hombre-a-hombre. De una vez. Aunque eso no significa nada, ¿verdad? Esas expresiones que se usan... *De-hombre-a-hombre*, como si nosotros fuéramos animales. Como si Grecia y Roma no hubieran tenido nada que ver en nuestras vidas. No somos salvajes. Podemos resolver los problemas sin escándalos, no es necesario usar un guante para golpear la mejilla del otro. No es necesario un duelo bajo el sol. Podemos elegir un camino óptimo para los dos. Yo lo prefiero, personalmente. Yo... Nosotros... Tu mujer y-y-y yo... Nosotros...

[DIANA aparece por detrás de EDUARD. Se abraza a su marido. Va en ropa interior. MARTÍN duda. Sus piernas tiemblan.]

MARTÍN.- Yo y tu mujer... Ella y-y-y yo... Nosotros juntos... Estamos muy preocupados por-porque... (Casi en

lágrimas.) Porque lo que ha pasado con tu hija es inaceptable. Ella tiene mucho talento. Pero, durante estos días, ha tenido algunos problemas con otros compañeros... No se socializa. No habla con el resto. Ha dejado a las amigas de siempre de lado. Está más callada de la cuenta y además ha dejado de hacer las tareas de clase. Realmente, como profesor, yo creo que es una chica con mucho potencial que no debería dejarse arrastrar por-por estas situaciones digámoslo así de la adolescencia. Con algo de ayuda podría... llegar lejos. No se merece la expulsión, eso está claro. Creo que es un castigo muy severo. (*DIANA besa el cuello de su marido.*) Bueno... Bueno, creo que e-e-era eso. Venía a decir eso. Nada más. Que ella necesita ayuda. Primero, sobre todo, de su padre. Podría pensarse que esta conducta viene de haberte tenido lejos un tiempo. Creía que te había perdido. Lo entiendes, ¿verdad? Tú, probablemente, no te des cuenta. Pero ella está muy orgullosa de ti. Está orgullosa, sí, sí... Eso es. Y parece que hoy por hoy tú eres el único ser en este planeta que puede ayudarla a retomar su vida en sociedad, con el resto de compañeros y compañeras. Debes mostrarte como un modelo social, que sea fuerte, amable, alegre... E-e-eso... es, esencialmente, lo que quería decir. Adiós.

DIANA.- Adiós.

MARTÍN.- (*Vuelve.*) Ah, ya, y esto no tiene nada que ver... Es para ti, Eduard. Una cuestión para ti. (*Pausa.*) ¿Por qué mataste a ese perro?

DIANA.- ¿Qué perro?

MARTÍN.- Ese chucho le-le-le gustaba a mucha gente. Algunas veces era un poco cabrón y parecía estar loco. Yo mismo le he dado alguna patada. Pero era un buen perro. Nunca le había hecho daño a nadie. Estaba vacunado. Y si lo hiciste porque ladraba, yo te digo, que ladraba porque era un perro feliz. Nunca habría mordido a nadie en su vida. ¿Sabes que los niños andaban locos con él? Todavía andan llorando esos niños. Quizá tenía cachorros, hijitos por ahí, quién sabe... Probablemente a tu hija también le gustaba. No estoy juzgando lo que hiciste —cáigame una manzana encima, cada cual puede hacer lo que quiera—, tú tendrás tus razones... Pero era un buen perro. Un perro bueno, amable... Un perro en el que se podía confiar. Un perro entrañable. Y tú lo has matado, Eduard.

[MARTÍN *se va.*]

12.

[*El dormitorio de la adolescente. ZURICH está tirada en la cama, con la cabeza colgando del borde hacia abajo. Como antes, tiene toda la cara roja, con algún arañazo. EDUARD está sentado en el pequeño escritorio mirando a su hija mientras bebe una cerveza. Los dos miran la televisión que hay en el dormitorio donde emiten un culebrón argentino para adolescentes.*]

TELEVISIÓN.-Andáte, Manuel, andáte. No quiero que me veas así... Mi amor, eres tonta... No, no soy tonta nada. Andáte. Mirá mi pelo. Andáte... Quiero ver cómo estás... No, andáte, no quiero que me veas... Me enteré que tuviste un accidente y me preocupé, pero no fue tan grave. Las prioridades siguen intactas... ¿Un accidente? Ah, ya veo que te informás mal. Yo te voy a informar un poquito mejor, tu amiga Sol me pegó un mochazo en la cabeza... ¿Y por qué haría una cosa así, mi amor?... ¿Manuel, no te das cuenta de que esa rubia peliteñida me odia?...

EDUARD.- ¿Te duele? (*La joven asiente.*) ¿A qué distancia estaba ella cuando te arañó? (*La niña le hace un gesto con las manos, dejando casi un metro de distancia entre ellas.*) Nunca permitas a nadie que te golpee en la cabeza. Sube los brazos, tenlos cerca de ti. Nunca permitas que te golpeen. (*No responde.*) Ven. Ponte en pie. Quiero ver cómo pegas. (*No lo hace.*) Vamos, golpéame. Pégame. (*Se queda quieta.*) Vamos. ¿Qué pasa?

[*Sin esperarlo, EDUARD coge el mando de la televisión y cambia de cadena. Una película de acción va a comenzar. Las mejillas de ZURICH se ponen rojas.*]

EDUARD.- La tele del salón se ha roto. *(Pausa.)* No entiendo cómo puedes ver esas cosas. La realidad no es así.

TELEVISIÓN.- *En una parte del mundo donde no hay leyes. En una jungla donde ningún ser viviente está a salvo...* El que se pierda aquí, no volverá a aparecer... *(Explosión.)* Un equipo de rescate... Estás sangrando... No tengo tiempo para sangrar... *dirigido por un auténtico guerrero...* Quiero el mejor... Por eso he venido. Hay que estar atentos... Hay algo que nos está esperando, y no es humano... *se encuentra con un verdadero enemigo.* Dios mío... *Nada parecido se ha oído antes.* Esta selva es diferente... *No podemos verlo. (Explosión.)* La sangre, los cadáveres. No oímos nada... *Pero él siente el calor de nuestro cuerpo, el calor de nuestro miedo.* Está ahí y nos busca... *Mata por placer.* Estaba vivo... *Caza por deporte. Mata de uno en uno. Se acabó el juego...* *Pero esta vez, se equivocó de hombre.* Estará deseando que lo matemos... *(Grito.)* *Arnold Schwarzenegger. Depredador.*

EDUARD.- ¿Quieres verla? Es buena. Va a empezar ahora en la Cuatro. *(Pausa.)* ¿Te duele?

ZURICH.- No.

EDUARD.- Eso es lo que te quiero explicar. Necesitas cubrir esas zonas vulnerables de tu cuerpo. La cabeza es importante. Por eso nosotros llevamos el casco. Máscaras. Como ese bicho de la película. Necesita una máscara para protegerse del dolor. Hay que protegerse. Lo primero, la cabeza. También el corazón. El bazo. Los riñones. Las axilas. El plexo solar. Las costillas y... *(Pausa.)* ¿Te duele?

ZURICH.- Papá, por favor... Estoy viendo la tele.

EDUARD.- Lo siento.

ZURICH.- No parece.

EDUARD.- Lo siento, de verdad. (*Cambia de cadena.*) Por todo.

TELEVISIÓN.-¿Cómo fue que eso desapareció así de repente?... Yo no sé qué pasó... Mía, ¿ya no me amas?... Sí, mi amor. Te amo. Te amo más que nunca...

EDUARD.- Puedes no dirigirme la palabra si no quieres. No pasa nada. Sólo quiero que recuerdes esto. Debes estar tranquila. No sólo aquí, en casa... Debes estar tranquila cuando estás fuera de casa con otras personas. Debes aprender a relajarte. Si no sabes relajarte no podrás concentrarte y aprender a vivir situaciones complicadas. Cuando las cosas se pongan feas... Cuando las cosas estén tensas, necesitas encontrar lo mejor de ti. Defenderte antes de atacar. Mantener el equilibrio cuando parece que tu alrededor lo ha perdido. ¿Lo entiendes? Bien. Ya no te duele, ¿verdad? (*La joven niega. Pausa larga.*) Oye, tengo que hacerte una pregunta. Es un poco... —casi me da vergüenza decir esto—. No has cogido la pistola, ¿verdad? Era la pistola de tu tío, ¿lo sabías? Cuando lo encontré allí, aquél día... Él fue de los primeros en llegar porque alguien llamó a la policía antes que a nosotros. No sé qué me pasó por la cabeza, pero quería conservar algo de él. Algún recuerdo. Y ni siquiera lo pensé, pero cogí su pistola. Sus compañeros se volvieron como locos buscándola. Pensaron que no la llevaba encima. Luego se olvidaron. Pero yo

al menos tengo mi recuerdo... Aunque ahora no la encuentro. *(Pausa.)* Cuando volví la dejé en el mueble del salón, aunque la muevo cada día de sitio para que tu madre no me la quite. Fui el otro día y no estaba. Ha desaparecido. He mirado en el mueble. Y nada. Bueno, no sé. Seguiré buscándola. No te preocupes. *(Mira a su hija, que se mete en la cama y se esconde bajo la sábana para no ver a su padre.)* ¿Vas a dormir ya? Es temprano. Pensé que... Bueno, tú despiertas pronto. Supongo que tu vida es agotadora. Descansa. Buenas noches, hija. *(Apaga la televisión, la luz de la mesita de noche... Y sale.)*

13.

[Sueño.]

[DIANA está sentada en una especie de mesa de restaurante. Bebe champán. ZURICH está junto a ella. Están vestidas en camisón, pero se sienten elegantes. Hablan con marcado acento argentino.]

DIANA.- Mía.

ZURICH.- Sí, qué pasa...

DIANA.- Fui a cenar con tu papá.

ZURICH.- Qué bueno. ¿Por eso celebramos?

DIANA.- Por eso. Bebe.

ZURICH.- ¿Y...? ¿Cómo le fue?

DIANA.- Me habló de vos y del colegio. Toda la noche. No tenía el más mínimo interés en formar una pareja conmigo.

ZURICH.- Este hombre. Mira que yo le digo... y le digo...

DIANA.- Es más. Hasta parecía incómodo de estar ahí.

ZURICH.- No, Gloria, ¿cómo decís eso? Por favor. Lo que pasa es... Mi papito es tímido.

DIANA.- Espero que sea eso. Porque si vos me estuviste tomando el pelo la vas a pasar muy... pero que muy mal. (Pausa.) ¿Estás sangrando? No hay tiempo para sangrar.

ZURICH.- No, no... ¿Cómo le voy a estar tomando el pelo a la persona más potable que hay en este colegio?

DIANA.- ¿Vos estás segura?

ZURICH.- Claro que sí.

DIANA.- ¿Vos estás segura?

ZURICH.- Sí, creo.

DIANA.- Pues decíselo a tu papá.

ZURICH.- ¿Está aquí?

DIANA.- Está ahí y nos busca... Mata por deporte. Caza de uno en uno...

[La sombra de un hombre de gran tamaño se aproxima por detrás. Parece alguien venido de otro planeta. Tiene cuerpo de insecto gigante y lleva máscara. La ensoñación se transforma en una pesadilla.]

ZURICH.- No, no, no... Él no es mi papá. Él no es mi papá.
Él no es mi papá. *(Grita.)*

DEPREDADOR.- Carlos, ¿eres tú?

[Oscuro rápido.]

14.

[*Es de noche.*]

[*DIANA duerme. EDUARD se levanta de la cama y se viste. Sale del piso. Al poco, ZURICH se despierta y lo sigue. EDUARD baja por la escalera, revisando cada esquina. Va hasta la planta baja, allí donde se encuentra el contenedor de basura. Mira en los buzones, en la puerta principal. ZURICH queda al pie de la escalera contemplando a su padre.*]

EDUARD.- Carlos, ¿eres tú? Joder, déjame buscar un segundo por aquí. Dios mío, Carlos, alguien se ha llevado tu... pistola. No sé quién la ha cogido. Quizás yo mismo he sido el que la ha puesto en otro sitio. Siempre la muevo para que Diana no la encuentre y... (*Mira por el suelo. Mueve alguna cosa.*) Mira, aquí han orinado. Tal vez sean las ratas. Las putas ratas. Pero es imposible, también desaparecieron las ratas del pueblo. Se fueron todos: los animales, las plantas... como hicieron los demás. ¿Te acuerdas de entonces, Carlos? ¿De aquel día? Todavía puedo recordar la mañana del accidente. Cuando te dije que esperaras, que no era necesario que fueras tan rápido a cubrir la llamada. Era un incendio. Vosotros no teníais nada que hacer allí. Dije que podías ponerte al cargo de las emergencias en el ayuntamiento, controlar el pánico y comunicarte con la capital. Esas cosas que puede hacer la policía cuando no hay un ladrón en mitad de la escena. Pero no me hiciste caso. Eres un cabezota. Antes de la segunda explosión, seguía pensando que no estabas allí... Deseé que no estuvieras allí. Pero ya íbamos con el camión y al llegar a la carretera vimos aquella nube de humo

naranja que subía hacia el cielo. *Tetraclorodibenzodioxina*. Esa nube escribía una palabra indescifrable. Teníamos un protocolo por si alguna vez se producía algún escape en la Central. Pero con el fuego... Nadie esperaba esa reacción en cadena. Éramos demasiado pocos. Espera, hermano... ¿Estás llorando?

[ZURICH *llora.*]

EDUARD.- ¿Quieres volver a casa? Cuando eras un niño también llorabas así. Bajo el brazo de mamá. Y así crecimos. Tú llorabas y yo te miraba con mis ojos pensando que así podría entender qué pasaba dentro de ti. Eras el hermano pequeño. Esas cosas hacen los hermanos pequeños... (*Pausa.*) ¿Qué quieres? ¿Quieres protegerte bajo la bata de mamá? ¿Esconderte del mal que te guarda el mundo? No sé por qué quisiste ser policía. Me viste crecer y quisiste llevarme la contraria. ¿Por qué tuviste que lanzarte contra aquel fuego tú solo? Los trabajadores ya habían salido. No tenías nada que hacer allí... Sólo esperar. Sólo tenías que esperar a los bomberos. Siempre quisiste ser algo más que yo. Más héroe que yo. Más grande. Pero no entendías que eras el hermano pequeño y que por más que quisieras eso no iba a cambiar nunca. ¿Y ahora qué...? ¿Debemos perdonarnos? Podríamos perdonarnos del todo, de una vez. Por lo de antes. Por lo de ahora. Pero, ¿y quién me perdona a mí? Soy tu hermano mayor y no supe protegerte. Te estoy preguntando. Mírame. ¿Quién me perdona a mí? ¿Por qué no hablas? No puedo escucharte.

[ZURICH *llora.*]

EDUARD.- ¿Que por qué quise ser bombero? Creo que el fuego es el único lugar en el que nuestros cuerpos aún pueden encontrarse. (*Un perro ladra.*) Ahí están sus ladridos. Los perros... Los ladridos de los perros. Amon-tonándose. Subiéndose encima unos de otros. ¿Qué nos querrán decir sus ladridos? Los perros ladran a pesar que dicen que están muertos. ¿Qué nos quieren decir los ladridos de los perros, hermano? Tal vez que todo se acaba ya. Que nuestro tiempo se ha terminado y esto que vivimos es un préstamo que algún día tendremos que devolver a alguien. (*Pausa.*) Te echo de menos, hermano. Te echo de menos.

[ZURICH *huye aterrorizada.* EDUARD *le sigue. Sube hasta la azotea. La puerta está cerrada.*]

EDUARD.- Todavía tengo que mirar en la azotea. ¿Vienes conmigo? ¿Dónde han dejado la llave? La puerta está cerrada. ¿Qué estás haciendo, Carlos? Espera. Lo olvidé. Tú estás muerto, ¿verdad, hermano? Estás muerto. Me duele la cabeza y estoy cansado y debería dormir... porque es imposible que tú estés aquí conmigo. (*Pausa.*) Pero el sueño no arreglará nada. No, no puedo dormir. ¿Te acuerdas de lo que ocurrió la última vez que me quedé dormido? Tú llegaste antes que yo. No, no puedo ir a dormir. Nadie debe dormir cuando el final está cerca.

15.

[*En el piso de EL VIEJO. 3ºA.*]

[*La televisión está encendida, sin sonido. Muestra un mapa del tiempo lleno de futuras precipitaciones. EL VIEJO está sentado en la mesa, amparado en el calor de un brasero. MARTÍN fuma apoyado en la pared.*]

EL VIEJO.- ¿Has visto esa lavadora? Es mejor que la televisión. Cientos de veces mejor. Mi señora la compró en Francia hace más de treinta años. En ese tiempo en que los hombres fabricaban las cosas para que duraran. No como ahora. Y ahí sigue. La lavadora sobrevivió a mi mujer. Y ahí sigue. Funcionando. Me pasé toda la vida bregando para poder comprar una lavadora que sobreviviera a mi mujer y parece que eso lo he conseguido. (*Tose.*) Estoy bien, estoy bien... Y por lo que se ve, también va a sobrevivirme a mí. Esa lavadora-hija-del-demonio durará hasta el día que me muera. Pero dejaré escrito que alguien la desguace y la destroce, porque sé que esa lavadora está dispuesta a sobrevivir a la humanidad. (*Juega con unas pastillas.*) Si no me tomara estas, ya habría podido conmigo. En este mundo, todo va mal, pero las pastillas funcionan. (*Pausa. Bebe agua. Traga las pastillas.*) Y no siempre tengo cosas que lavar. Simplemente la pongo, para que dé vueltas y haga ese ruido. No he visto nada que haga tanto ruido en mi vida.

[*Silencio largo.*]

EL VIEJO.- ¿Qué te pasa?

MARTÍN.- No puedo, Antonio. Realmente no puedo.

EL VIEJO.- Pues vaya faena.

MARTÍN.- Me mentalicé. Fui abajo. Llamé a la puerta. Y me puse a hablar con él. Estuve hablando un buen rato. Pero entonces apareció ella y comenzó a tocarle...

EL VIEJO.- ¿A *tocarle* cómo?

MARTÍN.- Bueno, así por detrás. Con las manos. Estaba casi desnuda y le besaba la nuca.

EL VIEJO.- ¿Y él qué hacía?

MARTÍN.- Nada. Él no hace nada. Él pasa completamente de ella. Estaba allí de pie, mirándome desafiante como el soldadito de plomo que es. Pero sin vida en esos ojos que tiene. Yo la miré a ella y ella me miraba como tratando de decir que ya no era necesario. Que no le importaba nada cuando me estuve encargando de ella... y de su hija. Ella me miraba sin interés, como si yo ocupara un espacio vacío... Como si allí no hubiera nadie. (*Pausa. Solloza.*) Como si durante este año y medio no hubiera... existido. Como si un huracán me hubiera borrado del mapa. Antonio, casi hablamos de casarnos y...

EL VIEJO.- ¿Y la niña?

MARTÍN.- No sabía nada. Bueno, se lo habríamos contado. Pensábamos contárselo. Pero nunca se lo he dicho a nadie, salvo a ti.

EL VIEJO.- Ya, ya. No te creas que soy un niño. Tengo casi noventa años. He vivido una guerra. He pasado mucha hambre. He visto morir a un dictador y poner al pelele ese. Estoy cansado de escuchar historias. Llevo toda la vida escuchando las historias que me cuentan y yo digo que sí a todo. Pero sé pensar por mí mismo. Esa chica, Diana, es un poco golfa.

MARTÍN.- No, no... Antonio, no digas eso.

EL VIEJO.- Es un poco puta.

MARTÍN.- No. No lo digas. Ella no es una puta.

EL VIEJO.- Claro que lo digo. Es un poco puta.

MARTÍN.- No, ella... Sólo está confundida.

EL VIEJO.- ¿Confundida?

MARTÍN.- Sí.

EL VIEJO.- Vale, entonces no es que sea un poco puta. Es que es una puta confundida.

MARTÍN.- ¿Qué voy a hacer, Antonio?

EL VIEJO.- El mal aparece de vez en cuando. El diablo existe. Acéptalo. Olvídala. Es la única manera.

MARTÍN.- No puedo hacer eso.

EL VIEJO.- Tú me has preguntado. Y yo te doy mi consejo. Te digo lo que sé. (*Tòse un poco.*) Perdona. Escucha —si es que me quieres escuchar—... Escucha a un hombre viejo. Antes de casarme ya conocí a una mujer.

MARTÍN.- ¿Tú?

EL VIEJO.- Sí, yo. Aquí donde me ves, yo era muy agraciado en mis años mozos. No tan golfo como esos muchachos de ahora. Entonces era otro momento. Yo conocí a una mujer mayor. Ella estaba casada y tenía un hijo. Yo tenía como veinte años o así. Ella trabajaba conmigo en una fábrica de telas. Nos amábamos. Nos amábamos con un amor que nunca habíamos conocido ninguno de los dos. Su marido era militar y ella siempre estaba sola. Tenía un niño pequeño. Y, básicamente, ella lo abandonó para estar conmigo. Huimos. Nos fuimos muy lejos del pueblo. Eso fue un escándalo en la época. Pero cuando la pasión terminó, ¿qué crees que hizo? Pensar en su hijo pequeño. Eso es... Pensar en su hijo. Ella quería volver con su hijo y yo no le había dado oportunidad. Apenas tenía veinte años. Entonces ella se sintió culpable y el amor se fue tan rápido como vino. Así que, antes de que ella diera el paso, yo la abandoné. Nunca me había pertenecido ni nunca lo iba a hacer. Yo sólo era un niño. Me escapé por la noche y le dejé una nota escrita. Sabía que ella no iba a ser capaz de abandonarme, pero sabía mucho mejor que ella cada noche, aunque lo negara, me culpaba por haber abandonado a su hijo. *(Pausa.)* Luego conocí a mi señora, que-en-paz-descanse. No podía tener hijos, pero era una buena mujer. No como esas que hay ahora. Así que la elegí a ella. Nunca he tenido hijos. Nunca he querido hijos. Yo no quiero hijos. El mundo no necesita nuestros hijos. Ni ya los tendré, ¿verdad? Se me hizo un poco tarde. *(Pausa.)* Aceptar es el primer paso. Es la única manera. No necesitas seguir jugando a esto. Olvídala y vete del

pueblo. Aquí no queda nada. Este sitio está muerto. Márchate lejos... y trata de ser feliz con lo que te gusta.

MARTÍN.- Me suicido. Te lo juro, Antonio. Si es que tengo que olvidarla, me compro una pistola y lo primero hago... es pegarme un tiro.

16.

[*En el piso de LA VECINA. 3ºB.*]

[*En contraste con el piso anterior, hay mucho color. El espacio es más actual y parece más luminoso. Hay decenas de cosméticos sobre la mesa. DIANA está tumbada en el sofá con los pies en alto. LA VECINA está tratando de abrir un bote de pintura de uñas. Mira por la ventana.*]

LA VECINA.- ¿Crees eso de que va a llover hoy? ¿Lo viste por la tele? Yo ya no sé si creer o no creer. No podremos salir fuera, por si acaso.

[*DIANA está tumbada leyendo una revista. Mueve los pies, impaciente. Están sus uñas pintadas, a medio terminar.*]

LA VECINA.- Ya, ya voy. No te muevas así. (*Se acerca al sofá y abre el bote de pintura.*) A ver esas uñas. Ya están secas. (*Prepara una pincelada.*) Bien, bueno... De niña me gusta pintar. Con óleos dicen, ¿verdad? Con óleos. Una vez pinté un campo de trigo. Pero no tenía dinero para comprar más tela para pintar encima. (*Comienza a pintar las uñas de su amiga.*) Sólo tenía uno. Así que pintaba encima una vez y otra vez. Luego pinté una taza de café. Sobre el trigo. Y luego me cansé de la taza y pinté un cuadro raro, abstracto. Eso dicen, ¿no? *Abstracto*. Era como un ojo de fuego. Como un ojo amarillo de fuego dentro de la boca abierta de un hombre que grita. ¿Has visto esa pintura del hombre que grita? Lo copié. Como el hombre que grita lo hice. Más grande la boca, pero era él, parecido. Me gus-

ta ese cuadro. Me recuerda a nosotros. En el cuadro es el paisaje el que asusta al hombre. Es el paisaje el que nos asusta aquí también. El cielo está girando y arde, como el fuego, sobre la persona que grita. Las líneas son curvas. Incontrolables. Muchas. Así, zás, zás... ¡zás! Y el color frío y el color caliente están desordenados. Todo un lío. Es muy agresivo y la realidad le quita aire al hombre. Eso es. No le dejan respirar al hombre y él grita. Dicen que estamos solos y por eso gritamos. Gritar por el miedo. Pero yo sé que como en mi cuadro, debajo de todo el miedo, hay otras cosas. Está el campo de trigo. Está la taza de café. Está Dios. Si alguien se decide a buscar debajo del miedo, creo que quedan esas cosas buenas y no todo es malo. *(Pausa.)* Pero no hoy, eh. Esa lluvia va a caer hoy del paisaje y no debemos estar debajo. Al menos, hoy no. *(Termina de pintar.)* Creo que éstas son mi obra maestra.

DIANA.- Anca, ¿qué voy a hacer?

LA VECINA.- Ya me gustaría saber.

DIANA.- Le contaré a Eduard todo.

LA VECINA.- No, no, no. Él no podrá soportarlo.

DIANA.- Creo que sospecha algo. Anoche se puso el pijama y se sentó a mirar la televisión. Pero ya no tenemos televisión.

LA VECINA.- ¿Y qué? ¿Qué pasa? A veces, la gente necesita ver algo antes de ir a dormir. Necesitan ver algo que los agote antes de dormir. Aunque sea la pared.

DIANA.- ¿Qué crees que estaba viendo?

LA VECINA.- ¿Qué?

DIANA.- Miraba por la ventana. A las estrellas, ¿entiendes? Él sabe algo. Sabe algo de todo... Si no, no se hubiera puesto a mirar a las estrellas. Era una señal. Para mí. *Cariño, sé algo de tu lío con el astrónomo y por eso te torturo de esta manera mirando a las estrellas. (Pausa.)* ¿Qué puedo hacer?

LA VECINA.- Ya te dije hace tiempo. Rompe con él.

DIANA.- ¿Con mi marido?

LA VECINA.- No, tonta, con Martín. Eres mujer casada. Eres mamá. Y encontrarte con un jovencito por las escaleras, por muy bueno que esté, no sé qué te puede dar.

DIANA.- Él es un buen hombre... Además de un gran profesor.

LA VECINA.- No pierdas tu tiempo con grandes profesores. Ya no eres una chica de la escuela. Necesitas ser estable. Alguien que no piense que eres un poco... suelta.

DIANA.- ¿Yo?

LA VECINA.- Tienes un gran marido. Que es un héroe. Te cuida. Gana dinero en un trabajo de verdad. Te quiere.

DIANA.- ¿Me quiere? ¿Sabes cuándo fue la última vez que dormimos juntos?

LA VECINA.- No.

DIANA.- Yo tampoco. Desde antes del accidente. Estuvo en ese centro de no-tengo-ni-idea-de-cómo-llamarlo,

con esos médicos y esas pruebas que le hicieron. Le han hecho algo en la cabeza. Y él me culpa, pero no me dejaban verle.

LA VECINA.- Es una suerte que siga vivo. Te lo regala Dios.

DIANA.- ¿Vivo? Es incapaz de decir más de tres palabras. Sólo dormir. Beber cerveza... Y ver el fútbol. Es un muerto viviente. Y la idea de pasar una noche con su mujer consiste en levantarse de la cama de madrugada y en regresar al amanecer. ¿Sabes qué hizo anoche en la cama?

LA VECINA.- ¿Qué?

DIANA.- Estuvo toda la noche con los ojos abiertos. Mirando al techo.

LA VECINA.- Está mal.

DIANA.- Y yo, mira, le he esperado. Durante un año y medio. Lo dieron por muerto. ¿Y qué ha pasado con Martín? ¿Qué me ha pasado? Pues, que... que soy una mujer. Una mujer de una cierta edad ya, pero que también necesita que la traten como a una mujer. Como a una mujer normal. No sé, no sé nada ya... Pero quizás otras mujeres no necesiten eso, y su amor puede con todo, y son las más puras de su comunidad de vecinos. Hay mujeres que no se equivocan. Pero yo lo siento, lo necesito. El doctor me dijo que una vida sexual regular es buena para mi salud. Entonces qué, ¿me vuelvo loca? ¿Me meto en un convento? Martín puede ser lo que quieras, pero me ama. Y yo necesito que me amen. Lo necesito en este momento.

[*Un trueno se escucha. Muy lejano.*]

LA VECINA.- Tal vez podamos llevar al herbolario. Le puedes comprar esas raíces que hay para estar... (*Se ríe.*)
Para poner eso duro.

DIANA.- ¿Qué voy a hacer con él? Estoy tan agotada. Me siento tan sola, Anca. Muy sola. Vacía. Mi marido no me habla. Mi hija no me habla. Y Martín sólo piensa en la Vía Láctea.

LA VECINA.- Podrías rezar.

DIANA.- Le tengo miedo.

LA VECINA.- ¿A quién?

DIANA.- Nadie sabe lo que pasa por su cabeza. Lo que está pensando.

[*Suena el timbre de la puerta. EL VIEJO aparece.*]

EL VIEJO.- Se ha disparado.

LA VECINA.- ¿Quién?

EL VIEJO.- Martín.

DIANA.- ¡No, por Dios!

LA VECINA.- ¿De qué estás hablando? ¿Cómo... es posible eso?

EL VIEJO.- Hace una hora me estaba diciendo que se iba a suicidar.

LA VECINA.- Anda ya. Ese no es capaz.

KATIUSKAS

EL VIEJO.- Entonces tuve que salir a la escalera a estirar las piernas y escuché un disparo en la planta de arriba.

DIANA.- Mi pequeño, ¿qué has hecho? (*Sale.*)

LA VECINA.- Espera, que te olvidas el bolso...

[*Todos suben.*]

17.

[Azotea.]

[*En el descansillo. La puerta está cerrada. EL VIEJO, LA VECINA y DIANA están junto a la puerta. Tratan de abrirla.*]

EL VIEJO.- Siempre dije que esta cerradura no era una buena idea. (*Tóse.*) Maldita la hora en que hicieron esta obra. No puede ser que la azotea la puedan cerrar desde dentro con llave. (*Mientras DIANA golpea la cerradura.*) Cuidado. La vais a romper. Lo único que nos queda es llamar a la policía.

DIANA.- ¡Martín!

LA VECINA.- ¿Quién le ha visto subir a la azotea?

EL VIEJO.- No lo he visto. Ha sido por el disparo.

LA VECINA.- ¿Qué disparo? Tal vez haya sido la tormenta.

EL VIEJO.- ¿Qué tormenta?

LA VECINA.- La tormenta que viene hacia el pueblo.

EL VIEJO.- Al fin, un poco de agua.

LA VECINA.- Pero con la nube eso no ser bueno, Antonio.

DIANA.- Mi vida, abre... ¡Abre!

EL VIEJO.- ¿Y crees que no sé la diferencia entre lo uno y lo otro?

LA VECINA.- ¿Entre qué?

EL VIEJO.- Entre un trueno y un disparo.

LA VECINA.- Yo sí sé. Mi padre enseñó. Y no he escuchado

ningún disparo todavía. *(Pausa.)* ¿Y cómo es que él ha comprado una pistola? Ay, Dios mío... Que yo le dije que si quería ser un hombre de verdad... Ay, Dios mío, quién me hace a mí abrir la boca.

[Suena un trueno. Parece que comienza a llover.]

DIANA.- Mi vida... Martín. ¿Qué estás haciendo? Abre la puerta. Por favor... Sal de ahí. Si no es de un tiro, la lluvia te va a matar igual.

[Alguien sube las escaleras. Aparece MARTÍN justo detrás de ellos.]

EL VIEJO.- ¡Martín!

LA VECINA.- ¿Qué pasa contigo?

EL VIEJO.- Estás vivo. Gracias a Dios.

DIANA.- Martín, mi amor. *(Le abraza.)* Estás bien.

MARTÍN.- *(Entusiasta. Algo bebido.)* Sí, claro. Estoy bien. Di, pensé que nunca volverías a abrazarme. Yo-yo... pensé que tú ya no me querías.

LA VECINA.- ¿Tienes la llave de la azotea?

MARTÍN.- ¿Yo?

LA VECINA.- Sólo hay dos llaves para todo el bloque, ¿no? Una la tienes tú, Martín, como presidente de la comunidad. Y la otra... ¿A quién le dieron la otra?

[Ahora sí, suena un disparo.]

EL VIEJO.- Eso sí es un disparo, ¿lo ves?

LA VECINA.- *(Otro disparo.)* Una *Star 28PK*. 9 milímetros. Automática. 315 metros por segundo. Es de policía. O Guardia Civil.

EL VIEJO.- ¿Cómo sabes eso?

LA VECINA.- Ya te conté. Mi padre. *(A DIANA.)* ¿Quién tiene la otra copia de la llave?

[*DIANA piensa. Entonces comprende. Tira el contenido del bolso a la escalera. Rebusca entre los objetos. Coge sus llaves.*]

DIANA.- Estoy segura de que estaba en el llavero esta mañana.

MARTÍN.- Ahora podremos estar juntos, ¿verdad, amor?

DIANA.- *(Sin hacerle caso. Golpea la puerta.)* Zurich, Zurich, abre, hija... Abre de una vez. Soy yo. Tu madre. Abre de una vez, mi amor, por favor... ¿Por qué haces esto? ¿Llevas la máscara? ¿No te das cuenta de que está lloviendo? Abre. Respóndeme.

[*DIANA llora. Comienza a respirar mal, como si tuviera un ataque de ansiedad.*]

MARTÍN.- No te tires al suelo. Levanta. Tenemos que huir de aquí.

EL VIEJO.- Hay que llamar a la policía. *(Parece que va a salir pero no le dejan pasar.)* Rápido.

[MARTÍN besa a DIANA en el suelo. Mientras lo hace, trata también de incorporarla. Con torpeza. Aparece EDUARD en la escalera. Lleva en las manos los impermeables y las botas de goma de su hija. DIANA empuja a MARTÍN y va a por su marido.]

DIANA.- Eduard, ¿qué es eso que llevas?

EDUARD.- Estaba en la puerta de casa.

DIANA.- Es de la ropa de Zurich.

[Suena otro disparo. Y otro.]

EDUARD.- Es mi pistola. ¿Dónde está?

DIANA.- Zurich. ¡Zurich! ¡Hija, ¿qué te estás haciendo?!

EL VIEJO.- Ha cogido la llave de la azotea y se ha encerrado dentro.

[EDUARD mira la cerradura.]

DIANA.- Zurich, hija mía... Sangre de mi sangre... Mi niña pequeña.

[EDUARD encuentra una palanca en el suelo. Como en su trabajo, comienza a forzar la puerta haciendo palanca. El resto se aparta. La puerta no cede. Mientras, MARTÍN vuelve con ansias renovadas.]

MARTÍN.- Hola Eduard. Sé que estás ocupado. Pero hoy, te tengo que decir que... No puedo vivir de esta manera. Estoy enamorado de tu mujer... Siempre lo he estado.

DIANA.- Cállate. ¿Qué estás diciendo? Cariño, no le escuches. Eduard, lo importante ahora es la niña.

MARTÍN.- La quiero y estoy preparado para luchar por ella si es necesario. Pelear. Me has oído bien. No tendría problema.

LA VECINA.- Cállate la boca, tonto. Una pelea ahora. Me pelearé yo contigo y te enseñaré a beber. Que estás bebido. Aquí no saben beber.

MARTÍN.- No te tengo miedo. La quiero. Si hace falta morir por ella... Estoy preparado para morir. Debes saberlo.

LA VECINA.- (*Se ríe.*) Morir, dice.

EL VIEJO.- Esto ahora no es importante, Martín.

DIANA.- (*A MARTÍN.*) Te odio tanto.

MARTÍN.- Lo sé.

DIANA.- Cariño, no lo escuches.

EL VIEJO.- Esta gente joven.

MARTÍN.- Te quiero.

DIANA.- Cállate... ¡Cállate! Tú no importas ahora, ¿lo entiendes?

[MARTÍN *busca en sus bolsillos y saca algo.*]

MARTÍN.- La llave.

LA VECINA.- Maldito tonto.

MARTÍN.- Diana, yo...

DIANA.- Dame la llave.

MARTÍN.- Tienes que decirle a tu marido lo que sientes por mí.

DIANA.- Dame la llave.

MARTÍN.- Cuando le digas lo que ha pasado en este tiempo.

DIANA.- Dame la llave, Martín o...

MARTÍN.- Tienes que decirle que estás enamorada de mí.

LA VECINA.- (*Quitándose la por detrás.*) Está tonto, por Dios.

[*Abren la puerta. El estruendo de la lluvia se hace real.
DIANA va a entrar.*]

EL VIEJO.- Espera. Es mejor que no.

DIANA.- Pero es mi niña... Mi...

EL VIEJO.- Es mejor que entre tu marido.

[*EDUARD entra.*]

18.

[Azotea.]

[*Llueve. EDUARD entra y se acerca silenciosamente. ZURICH está disparando al piso de en frente. Está vestida ligeramente, con un camisón blanco. Empapada. Sus manos tiemblan.*]

EDUARD.- ¿No tienes las manos cansadas? Claro que sí. Eres una niña y esa pistola pesa demasiado. ¿A qué estás disparando?

ZURICH.- Esas dos ventanas. Allí. Con cortinas rojas.

EDUARD.- ¿La segunda y la tercera de la derecha?

ZURICH.- Sí.

EDUARD.- ¿Ahí es donde vive la chica del colegio?

ZURICH.- Sí. María.

[*Dispara. Falla.*]

ZURICH.- Fallé.

EDUARD.- No fallaste. Esas pistolas se hacen para distancias cortas. Puedes acertar, hay una posibilidad. Pequeña. Pero es muy difícil. (*Pausa.*) ¿No tienes frío?

ZURICH.- No.

EDUARD.- Dicen que la lluvia es peligrosa.

ZURICH.- Es la primera vez que llueve desde que te fuiste. (*Pausa.*) ¿Papá?

EDUARD.- ¿Qué?

ZURICH.- ¿Qué nos harías si descubrieras que... que mamá... o yo te hemos traicionado?

EDUARD.- ¿Qué quieres decir con haberme traicionado?

ZURICH.- Bueno, no sé. Abandonado.

EDUARD.- No os habéis marchado de nuestro hogar. Seguimos siendo una familia. Yo creo que no me habéis abandonado.

ZURICH.- Eso no.

EDUARD.- Me habéis esperado a pesar de todo.

ZURICH.- Sí.

EDUARD.- ¿Quieres asustarla?

ZURICH.- No lo sé. Papá, ¿qué es lo que más te asusta del mundo?

EDUARD.- Quizá sea el miedo de saber que todo va a terminar pero no saber cuándo. (*Pausa.*) ¿Por qué mataste a ese perro?

ZURICH.- No lo sé. Me dijiste que te había ladrado al llegar. Quería saber cómo era por dentro.

EDUARD.- ¿Cómo era el perro por...?

ZURICH.- Sí.

[*Suena un trueno muy cerca.*]

EDUARD.- ¿Crees que está en casa tu amiga?

ZURICH.- Es probable que esté con su tía.

EDUARD.- ¿Y su familia?

ZURICH.- Están trabajando.

EDUARD.-Entonces estamos perdiendo el tiempo bajo esta lluvia. Nos vamos a resfriar.

ZURICH.- Sí.

EDUARD.- Y tienes los pies mojados.

ZURICH.- Sí.

EDUARD.- Volveremos cuando deje de llover. Y nos encargaremos de ella.

ZURICH.- ¿De ella?

EDUARD.- De tu enemiga. Eso es lo que quieres, ¿verdad?

[*Silencio.*]

ZURICH.- Papá... (*Abraza a su padre.*) Papá, te he echado mucho de menos. ¿Bajamos a casa?

EDUARD.- ¿A coger tus botas?

ZURICH.- No, sólo a casa. Quiero estar en casa.

[*EDUARD toma a ZURICH en brazos. La lluvia cae torrencialmente. Salen.*]

[*Oscuro final.*]



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

inaem

INSTITUTO NACIONAL
DE LAS ARTES ESCÉNICAS
Y DE LA MÚSICA